

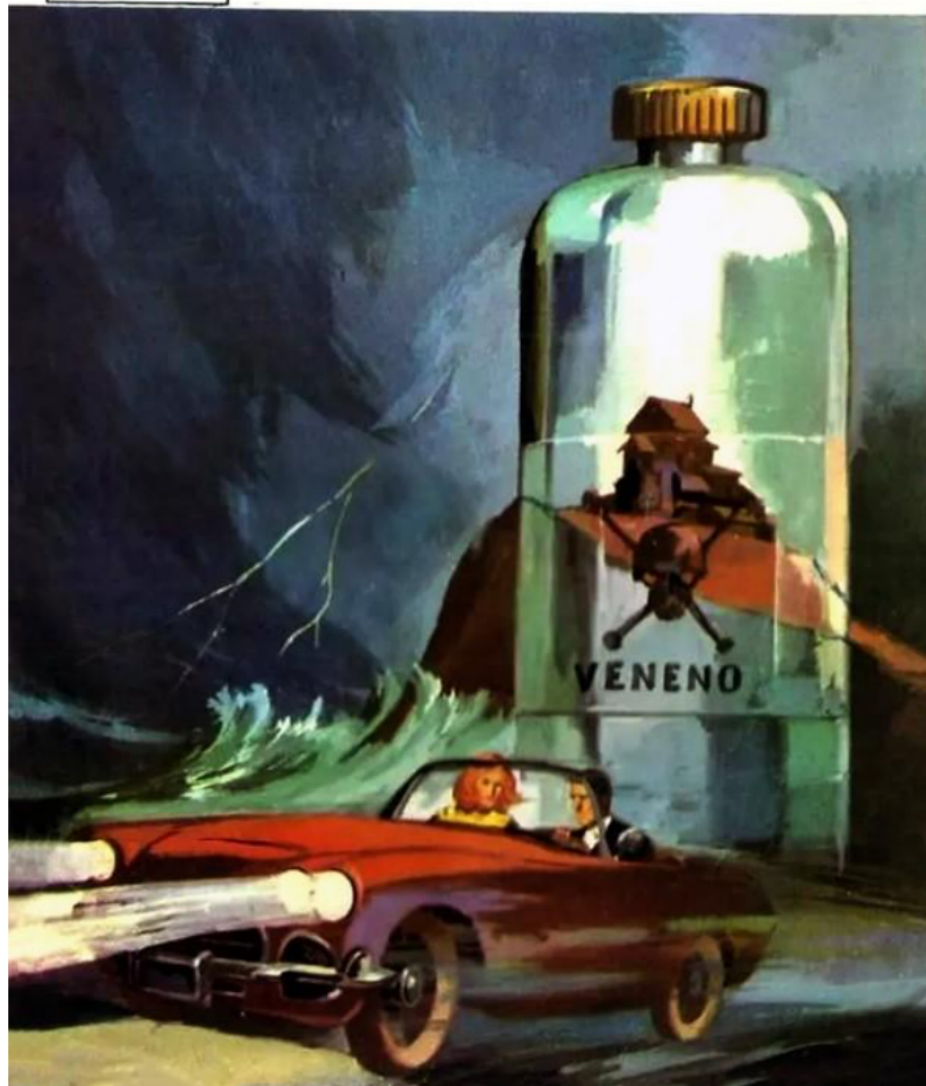
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

vas a morir; amor mío

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

VAS A MORIR, AMOR MIO

Colección PUNTO ROJO n.º 514
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 47.310 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1972

© VIC LOGAN - 1972
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.106 — El cuadro.

En Colección **PUNTO ROJO:**

511 — El maletín.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652 — El último en reír.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

787 — Superstición City.

En Colección **KANSAS:**

672 — Madera podrida.

En Colección **BRAVO OESTE:**

571 — La larga noche del pistolero.

En Colección **CALIFORNIA:**

798 — En legítima defensa.

En Colección **COLORADO:**

720 — De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

La Petite Ville, marzo de 1970.

La sinuosa carretera de la costa serpenteaba entre los riscos que bordeaban el mar.

La Petite Ville era un caserío montañoso y a la vez enclavado en un abrupto acantilado en la costa de Brest, al noroeste de Francia.

El cielo, en aquella época del año, estaba casi siempre cubierto, y para cualquier pintor, el contraste que pudiera encontrar en el lugar era nulo, a pesar de la belleza del panorama que se ofrecía, a medida que la carretera ascendía hacia la cima.

Todo era gris, brumoso, propio para una pintura triste en el sentido visual.

Sin embargo, el coche que subía la pendiente por la estrecha carretera, única para llegar a La Petite Ville, era conducido por un pintor.

Era un inglés. Se llamaba John Ralston. Joven todavía, y gris en el mundo del arte pictórico.

Tenía treinta años de edad y cientos de experiencia, a juzgar por su porte, por sus maneras...

Era un hombre extraño. Algo taciturno. Los viejos del lugar, así lo decían. Le conocían bien porque la villa que ocupaba en el acantilado, antigua propiedad de los padres de Ralston, le había visto crecer todos los veranos, cuando la familia Ralston dejaba transcurrir en aquella mansión secular —aunque posteriormente remozada— y bucólica, las cálidas horas de las calendas del estío.

Sí. Los veranos de John Ralston habían transcurrido en La Petite Ville. Luego, allí volvió, cuando quedó dueño absoluto de la posesión, para pintar algunos cuadros tan grises como el panorama brumoso.

Ahora, John regresaba al cabo de un par de años de ausencia. Quizá, por mejor decir, al cabo de dos veranos de ausencia.

John, hombre mundano, de vuelta de muchas cosas. Partícipe de desengaños, tanto en la pintura como en otro orden de cosas, regresaba casado.

Regresaba recién casado con una dama francesa. Una dama de la sociedad de París.

—¿Te gusta? —preguntó, sin abandonar la atención de la serpenteante ruta que seguía.

Su esposa, pálida, delgada, muy delgada, sin apenas senos y con las mejillas hundidas, miraba con ojos desmesuradamente abiertos al

panorama. Pero lo miraba de forma ciega... Miraba como si no viera, como si se encontrara a miles de kilómetros. Ausente por completo de cuanto le rodeaba.

—Sí. Es muy bonito —repuso mecánicamente.

—Tal vez voy demasiado deprisa. En esta carretera hay muchas curvas. ¿Te mareas?

No había la menor emoción en el tono de la voz de John. Ni siquiera un sentimiento de complacencia ante la mujer con la que horas antes acababa de desposarse.

—No. Estoy bien, pero ve un poco más despacio, por favor —pidió ella con su voz siempre monótona, lejana.

—¿No tendrás miedo, verdad? —preguntó él, con una leve sonrisa.

—¿Miedo?

—Perdona —repuso él como si súbitamente se hubiese dado cuenta de que acababa de decir una inconveniencia.

Sin embargo, eran muchos los que temían aquella carretera.

Obras Públicas no había llegado hasta aquel lugar o acaso habían llegado solo a medias, porque las pronunciadas curvas estaban desprovistas de protección. Un fallo en cualquiera de ellas hubiera conducido el coche al fondo del acantilado.

Y una a otra, aquellas cerradas vueltas se iban prodigando.

El camión de las provisiones frenó en seco en otra de las curvas, y el auto conducido por John se deslizó hacia el borde.

John era un buen conductor, pero cualquier otra mujer que le hubiese acompañado, a buen seguro que habría lanzado un grito.

Jacqueline ni se inmutó.

El conductor del camión pasó delante del auto de John y, al reconocerle, agitó la mano en señal de saludo.

El pintor continuó la ruta.

—Llegamos enseguida. Cinco minutos.

—No importa —repuso ella.

—Estarás bien allá arriba. Es la mejor casa que hay.

—Es curioso —murmuró ella, e incluso sonrió ligeramente, pero tanto sus pupilas como su tez continuaron apagadas, frías, como si no perteneciesen a un ser viviente.

—¿Qué es curioso? —preguntó él.

—Eres inglés. Tienes los mismos años que yo, y conoces mejor mi país que yo misma. Jamás había estado aquí.

—Supongo que preferirías la Costa Azul. Es más luminosa... Pero a mí padre le encantaban los lugares como este. Quería irse al continente, pero sin dejar de ver un panorama similar al inglés. Brest se parece, en cierto modo, a la costa de Cornwall.

—Tu padre murió joven, ¿verdad? —comentó ella al cabo de un silencio.

Toda aquella conversación parecía eminentemente protocolaria. Nadie en el mundo hubiese sospechado que los ocupantes del vehículo inglés —aunque con el volante a la izquierda— eran recién casados.

—Sí. Tenía cincuenta años, más o menos —repuso él, con alguna frialdad.

—¿De qué murió, John?

El desvió ligeramente la atención del volante, frunciendo el entrecejo:

—Jacqueline. No creo que sea un tema apropiado para el día de hoy. Hablar de la muerte de mi padre...

—¿Por qué? —atajó ella, con una extraña sonrisa que aumentó todavía más su palidez—. De algo hay que hablar, ¿no? —añadió la mujer.

—Es el día de nuestra boda —puntualizó él, sin demasiado convencimiento.

—Nuestra boda, querido —murmuró ella con un cierto retintín—, se ha realizado en circunstancias muy especiales. ¿No crees?

El guardó silencio.

Estaban en la última curva, tras la cual, un sendero a la izquierda mostraba la casa del acantilado.

—Mira. Esta es la casa —contestó John, cambiando de tema.

La aparición de la mole pétreo, ligeramente enmarcada entre la bruma casi perenne de los días sin sol, interpuso un silencio entre los recién casados.

Lo que podía verse desde el parabrisas del coche daba la sensación de algo fuera de época.

Aquello que se apreciaba tras el cristal del coche era la imagen de un castillo remozado, surgido de las páginas de un cuento de miedo.

Luego, a medida que el vehículo avanzaba por el camino particular, se adivinaba la blancura del cuerpo de la edificación más próxima al camino.

Y ya más adelante, se veían las reformas. En realidad, todo era un chalet. Un gran chalet que, de alumbrar el sol, hubiese mostrado un mejor aspecto.

El jardín estaba perfectamente cuidado, e incluso podía apreciarse la existencia de plantas exóticas, que parecían vivir de milagro en un clima que no estaba hecho para ellas.

John condujo en silencio hasta la misma entrada de la casa para cuyo acceso era menester subir media docena de peldaños.

—¡Voilà! —exclamó John.

—Demasiado grande para nosotros. ¿No crees?

—Espera a verla. Es todavía mayor de lo que parece.

John saltó del coche, y dio la vuelta para abrir la puerta del lado de

Jacqueline.

Ella salió del auto con gesto majestuoso, como una reina. Solo faltaba que un lacayo se arrodillase a sus pies para ponerle una alfombra.

—Voy a abrir. Te entraré en brazos. Es la costumbre ¿No? —murmuró él, avanzando, ágil, hacia la escalera.

—Es una estupidez —repuso ella con sequedad.

—Bueno. Cuando uno es recién casado, comete muchas estupideces.

—Tú sabrás.

—¿Eh?

—Digo que tú lo sabrás mejor que yo. No soy tú primera esposa.

El guardó silencio unos minutos, mirando atentamente a su mujer. Luego, como si volviese de un largo letargo, repuso:

—No. No eres mi primera esposa, y nunca te lo he ocultado.

—Ya lo sé, querido.

—Bien. Voy a abrir.

—Sí. Pero no es necesario que me lleves en brazos. Todavía puedo andar. Y me gusta hacerlo.

El pareció comprender más allá de las palabras de su esposa, y descendió los dos escalones que había subido previamente, murmurando:

—Disculpa, una vez más.

—No hay de qué, John. Anda, entremos. Hace frío. ¿Hay fuego dentro?

—Sí.

—Enciéndelo enseguida. Tenemos que hablar de muchas cosas. ¿No te parece?

El volvió a mirarla en silencio, pero no replicó.

Parecía un ente resignado o acaso sin deseos de discutir.

Ella se volvió hacia el coche para tomar su bolso de mano.

—¿No recoges el equipaje? —empezó a decir. Luego, sus ojos se posaron en algún lugar inconcreto, los agrandó y de su garganta surgió una exclamación de miedo:

—¡John! Mira.

Rápidamente, el pintor volvió los ojos hacia el punto donde miraba su esposa.

La figura de un viejo de piel arrugada, de ojos penetrantes, y cuerpo ligeramente encorvado había aparecido, como por ensalmo, junto al auto.

John tranquilizó a su esposa:

—¡Hola, Simons!

—Buenas tardes, señor —saludó la extraña aparición.

Seguidamente, el dueño de la casa, sin moverse ya de lo alto de los seis peldaños, y con la llave de la puerta en la mano, dirigiéndose a su esposa, presentó:

—Es Simons, el jardinero. Mi esposa, Simons.

—Encantado, señora —repuso el viejo, imperturbable.

—Simons. ¿Está todo tal como pedí? —inquirió John.

El jardinero, siempre con su misma actitud rígida, repuso:

—Todo en orden, señor Ralston. Mi esposa se excusa. Está algo delicada, y tenía hora para ir a ver al especialista. Mañana vendrá, por si necesitan algo.

—Gracias, Simons.

—Si no necesita nada, señor Ralston...

—No, no. Puedes irte, si quieres.

—Gracias. Buenas tardes —dio la vuelta, pero enseguida rectificó para mirar a Jacqueline. Sus ojos profundos parecían querer desnudarla.

—Señora... Sea bien venida —murmuró.

Lo dijo moviendo levemente los labios, pero sus palabras sonaban huecas, desprovistas de sinceridad.

—Gracias —repuso ella secamente.

Se volvió hacia su marido.

El cielo había oscurecido todavía un poco más. Retumbó un lejano trueno.

—Vamos —murmuró John—. Habrá tormenta, esta noche.

Ella se volvió como si quisiera ver de nuevo al jardinero, pero allí ya no había nadie.

Una vez más, parecía que aquel extraño viejo tuviera el don de aparecer y desaparecer como por encantamiento.

CAPÍTULO II

La casa tenía un pequeño *hall*, que daba la sensación de pequeñez, si bien esa impresión se borraba al cruzar el gran umbral que conducía a la sala principal. Aquello sí que era una estancia inmensa, distribuida en acogedores rincones. Colocado todo de forma que, siendo una pieza, pareciesen varias.

Había piano, abundantes sillones para un supuesto auditorio, un rincón acogedor para la chimenea. Biblioteca, un tresillo ideal para tomar el café y los licores después de la cena. Otro rincón con un moderno tocadiscos estereofónico, con sus altavoces repartidos por toda la estancia, y por fin el comedor, tras una separación de madera a base de delgadas columnas.

No faltaba un buen provisto bar y, además, la chimenea estaba encendida.

—La esposa de Simons piensa en todo. Hay un buen fuego. Veamos si no ha olvidado nada.

John fue hacia el refrigerador del bar.

Regresó con una botella de champaña y dos copas.

—Champaña helado. Generalmente, desconectan la corriente cuando la casa está deshabitada. Pensé que se olvidarían de...

—Ahora no me apetece champaña —cortó ella.

—¿Después...? ¿O prefieres cenar? Pedí que dejaran una cena fría.

—No. No tengo apetito —cortó ella—. Ya sabes que como poco.

—Bien. Si no te importa, iré por el equipaje.

—Hay tiempo. Sobre todo, para ti. Tienes mucho tiempo.

—Jacqueline, por favor —murmuró él, aproximándose.

—Es mejor hablar sin rodeos, John.

—Yo no hablo con rodeos, querida.

—Sí.

—Voy a descorchar la botella.

—¿Lo hiciste con... con la otra? —sonrió ella con la misma frigidez acostumbrada.

—¿Por qué te empeñas en...?

—Anda. Si no quieres hablar, enséñame la casa.

—Como gustes.

John dejó la botella y las copas sobre la mesita cercana al fuego.

Ella conservaba sobre sus hombros un chal, y daba muestras de frío, a pesar de que el ambiente en el interior era grato, acogedor y nada frío.

—Por aquí —indicó John.

En un ángulo del gran salón arrancaban las escaleras que conducían al piso superior.

—Abajo está la cocina, una habitación grande para el servicio y el antiguo despacho de mi padre. Arriba, están los dormitorios.

Ella le siguió.

No. No había normalidad en aquella pareja de recién casados, y eso hubiera podido advertirlo cualquiera.

En silencio, llegaron hasta la planta superior.

Había un gran rellano, luego el corredor con habitaciones a los dos lados, por una parte. Dos y dos.

En la otra parte, y en un hueco, existía una sola puerta.

John encendió las luces del corredor.

Mostró las dos primeras alcobas.

—Estas nunca han sido ocupadas. Papá era poco partidario de tener huéspedes, pero quería tenerlas amuebladas siempre. Nunca se han tocado de cómo se dispusieron desde el primer día.

Pasó a la tercera.

—Aquí dormí yo hasta que... Bueno...

—Hasta que murió tu padre. ¿Eh? —murmuró ella.

—Sí.

—Murió después que tu madre.

—Sí —cortó él, y enseguida dijo—: Y ahora te mostraré nuestra alcoba.

—Murió en circunstancias un poco extrañas, ¿verdad? —preguntó ella, antes de que John pudiese abrir la puerta que había mencionado como futura alcoba de ambos.

—Murió ahogado. Un accidente —repuso John rápidamente.

—En el mar.

—Sí. Fue en el mar. En la playa. Mira. La habitación.

Abrió la puerta y encendió la luz.

A la vista de la muchacha quedó una moderna alcoba, de paredes empapeladas con gusto. Cama moderna, blanca y acolchada, mesitas, tocador, butacas recién tapizadas.

—Debes haberte gastado un dineral, con todo esto. Es nuevo, ¿no?

—Sí. Es nuevo, pero no importa. No tengo problemas de dinero.

—Es dinero de tu primera esposa. ¿No?

—Jacqueline. Si no te conociera bien, creería que... estás celosa —sonrió él—. Anda, pasa. Míralo todo. Quiero que sea de tu gusto, y si algo no te agrada...

—Todo está bien, querido. Me extraña que no hayas tenido éxito con la pintura. Posees un gusto exquisito. Sabes siempre dónde está la medida exacta de las cosas.

Ella avanzó, y dio la vuelta en redondo, mirando por los rincones.

—El baño —señaló él hacia una puerta.

Ella fue hacia allí, lo abrió, dio la luz y volvió a salir.

—Magnífico. Todo magnífico —murmuró.

Volvió hacia él.

—Anda, vamos —murmuró, colgándose de su brazo—. Abajo hablaremos, ¿eh?

—Como tú quieras.

Volvieron al corredor, sin cerrar la puerta.

Al llegar al rellano, él hizo intención de descender la escalera, pero ella clavó sus ojos en la única puerta del otro lado.

—Te olvidas de aquello.

—¿Eh?

—¿Qué hay detrás de aquella puerta?

—¡Oh! Es otra habitación. No tiene importancia —dijo él, de nuevo queriendo dirigirse hacia la planta baja.

—¿No puedo verla?

—Es que...

—Comprendo.

—Tal vez no esté arreglada.

—¿La tienes cerrada con llave?

—¿Qué...?

—John. He dicho que lo comprendo. Es la habitación que utilizaste en tu primer matrimonio, ¿verdad?

—Sí —confesó él—. Pero no hay ningún misterio. Simplemente, quería evitar que pudiera ser desagradable para ti el recuerdo.

—En todo caso, puede serlo para ti. Tu esposa ha muerto. Ahora soy la nueva señora Ralston.

—Sí, querida.

—Bien. No soy curiosa. Y supongo que tengo que agradecerte la gentileza.

—No —repuso él.

—Comprendo que algunas segundas esposas son reacias a ocupar una cama que no es... nueva.

Él no contestó.

Tras el silencio, Jacqueline añadió:

—Pero tú no lo has hecho solo por eso, ¿verdad?

—Anda, vamos abajo. El champaña se habrá calentado —cortó él, de pronto.

—Ya te he dicho, querido, que no me apetece beber champaña.

—Haremos lo que tú quieras.

Comenzaron a bajar la escalera. En silencio, otra vez.

Jacqueline lo rompió para preguntar:

—Tu... primera esposa... la que dormía en esa habitación. ¿Murió envenenada, verdad?

John viró en redondo, y quedó mirando largamente a Jacqueline, que sonreía de una manera extraña.

—¿Quién te ha dicho esto? —preguntó.

No pudo obtener respuesta porque en aquel instante sonó la campanilla de la puerta.

Ambos se volvieron hacia la planta baja. Desde la escalera, podía verse la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó la esposa.

—¡Oh! Se me había olvidado —repuso él—. Debe ser Claude Danjou. Ya te he hablado de él.

—¡Ah! Es ese médico, amigo tuyo. Comprendo —repuso ella y, antes de seguir a su esposo hacia el gran salón de la planta baja, volvió la mirada hacia la puerta de la habitación que había utilizado John en su primer matrimonio.

CAPÍTULO III

Claude Danjou, aparentemente, era de la edad de John, si bien en su pasaporte figuraba haber nacido cinco años antes.

Era alto, de gesto grave, que sabía borrar con una sonrisa cortés y educada.

Le acompañaba una mujer.

Era Ivone. Tenía ocho años menos que Claude, y eran hermanos:

Ivone era hermosa, y ella estaba convencida de la generosidad con que la naturaleza la había dotado.

De líneas perfectas y rostro clásico, Ivone caminaba con paso firme, casi altivo, pero sabía adornar su engreimiento con una sonrisa franca, casi contagiosa.

—Buenas noches, Claude. Hola, Ivone. Pasad. Os presentaré a Jacqueline.

—Quizá hemos sido un tanto inoportunos al venir esta noche, pero te lo prometí, y aquí estamos. No daremos la lata mucho tiempo.

Jacqueline estaba unos metros más atrás. En pie, esperando ser presentada.

En esa ocasión, Jacqueline también parecía una reina, por su porte altivo, que contrastaba con su pronunciada delgadez.

—Me has oído hablar muchas veces de Claude. Esta es Jacqueline, Claude. Ivone. La hermana de Claude.

La presentación fue absolutamente normal, si exceptuamos la prolongada mirada mutua que se dirigieron ambas mujeres.

—¿Conque usted es la nueva esposa de John? —sonrió Ivone, de una manera que parecía querer herir a Jacqueline.

—¿Me imaginaba de otro modo? —repuso Jacqueline.

—Pues no sé. Antes me preciaba de conocer los gustos de John. Los tiempos cambian, sin embargo. ¿Verdad, John?

—Claro, los tiempos cambian. Ivone se refiere a que, en los largos y aburridos veranos de mi adolescencia, Ivone solía venir muchas tardes a hacerme compañía. Hablábamos. Quizá ello le hizo pensar que conocía mis gustos, pero no creo que este sea un tema importante de conversación.

—Encantada de conocer a tan buenos amigos de mi marido —cortó Jacqueline con una sonrisa, al mismo tiempo que les indicaba dónde podían sentarse.

—Disculpenme —añadió— si no hago los honores con corrección. Acabo de llegar, y mi marido me estaba enseñando la casa cuando ustedes

han llamado.

—¡Oh! Temo que hayamos venido a estorbar —repuso el médico.

—De ninguna manera. Querido, tendrás que servir tú las bebidas. Yo ignoro dónde están.

—No molestaros por nosotros —terció Claude.

Ivone había tomado asiento, y miraba nada disimuladamente a la nueva señora de la casa.

—¿Viven ustedes aquí todo el año? —preguntó Jacqueline, una vez se hubieron acomodado.

—Soy médico y ejerzo en Brest, pero paso largas temporadas en el pueblo —repuso Claude.

—¿Cuál es su especialidad, doctor? —quiso saber Jacqueline.

Claude lanzó una mirada al dueño de la casa, que contestó por él:

—Claude es un gran especialista en cardiología. Una eminencia y, por supuesto, sus minutas están de acuerdo con su fama.

—Y durante esas temporadas que pasa fuera de Brest, ¿abandona a sus clientes? —sonrió Jacqueline con cierta ironía.

—¡Oh, no! Mis clientes están perfectamente atendidos —repuso Claude.

Enseguida, John salió en ayuda de su amigo:

—Ya te he dicho, querida, que Claude es un gran especialista. Tiene bastantes ayudantes, que son quienes tratan directamente a los pacientes. El solo interviene en casos especiales, en las consultas o cuando el cliente exige ser tratado particularmente.

—En realidad, aunque me halle ausente del hospital, suelo ir tres veces por semana, por si hay alguna novedad. De cualquier modo, mis ayudantes están en contacto conmigo, cuando la ocasión lo requiere —se apresuró a corroborar Claude.

—Voy por las bebidas —cortó John, y seguidamente como conociendo de antemano los gustos de su amigo, añadió—: ¿Pernod, verdad?

—Sí, con hielo.

—Yo quiero un *martini* de los que tú preparas. Ya sabes —pidió Ivone.

Su forma de expresarse parecía querer dar a entender a Jacqueline una marcada familiaridad con la casa y mejor conocimiento mutuo con su dueño.

—¿Es usted de París, verdad? —preguntó Claude tras un embarazoso silencio.

—Sí. De París —repuso Jacqueline, y enseguida preguntó—. Por cierto, ¿no va usted nunca por la capital? Me refiero, en plan profesional. No recuerdo haber oído su nombre, y, desgraciadamente, he tenido que acudir a bastantes especialistas... del corazón. ¿No le ha informado John?

—Oh, pues... No hemos tenido demasiado tiempo...

—Creí que lo sabía.

El médico sonrió cuando John regresaba con una bandeja, botellas y vasos.

—Bueno. Creo que John ha supervalorado mi ciencia. En realidad, mi relativa fama se circunscribe a esta comarca. Heredé el hospital de un tío mío.

—Tu Pernod, Claude —ofreció John.

Ivone estaba observando la botella de champaña situada en el rincón más próximo a la chimenea.

—¡Oh! Tenéis champaña. ¿Puedo cambiar el *martini* por una copa?

—Bueno... En realidad, lo guardaba para... —miró a su esposa, que enseguida atajó:

—Claro, querido. Obsequia a... tu amiga. Ya sabes que yo no quiero champaña.

—Bueno. En este caso...

—Sentiría privar a tu esposa del placer de descorchar juntos la botella. Soy una estúpida. Me olvidaba que hoy es vuestra noche de bodas.

—Sí. Una noche muy especial, pero el champaña es innecesario, se lo aseguro. Anda, John. Descorcha la botella.

—Sí, sí. Enseguida —repuso él, un tanto embarazado, como si aquella situación comenzara a hacérsele violenta.

—Yo seguiré con mi Pernod, si no os importa —comentó el doctor Claude Danjou.

—¿Tú, Jacqueline?

—Tomaré un vaso de agua —repuso ella.

—Iré por ella. Disculpadme.

—¡Oh! —exclamó Ivone, mirándose las piernas—. ¡Un desastre! Me he hecho una buena carrera en la media. Menos mal que llevo unas de repuesto. Excúsenme Iré a la *toilette*. No té molestes, John. Conozco el camino.

Ivone salió detrás de John.

La cocina estaba situada en un corto pasillo.

Al lado se hallaban los servicios de la planta baja. Ivone fue directamente a la cocina.

John la esperaba.

—Celebro esta excusa de la carrera en la media para poder hablar contigo —murmuró, sin entusiasmo.

Ella sonrió:

—Sabía que lo estabas deseando.

—¿Qué te pasa con Jacqueline? Desde que has entrado, estás tratando de herirla.

—También sabía que me lo ibas a reprochar —repuso la joven, sin

inmutarse.

—¿De qué estás resentida, Ivone?

—¿Resentida? No seas presuntuoso. Yo no estoy resentida. Simplemente recuerdo...

—¿Recuerdas?

—A tu primera esposa, Laura.

—No la nombres. Te lo ruego.

—Estabas muy enamorado de ella. «Para mí no podrá existir otra mujer», dijiste. Todavía no hace dos años que ha muerto.

—Después de todo. ¿Qué puede importarte a ti esto?

—Claro. Soy una estúpida. ¿Qué puede importarme a mí? Con tu permiso, voy a cambiarme la media.

Ivone dio la vuelta para meterse en el lavabo. John se quedó en el umbral de la cocina, vacilante. Luego entró, tomó un vaso y lo llenó con agua del grifo para volver junto a su esposa y Claude, que estaban charlando de cosas intrascendentes.

Dos minutos más tarde, reunidos todos otra vez Ivone degustó el champaña de la botella que John había abierto. Él también tomó un sorbo por compromiso y ofreció un nuevo Pernod al médico, que rechazó, diciendo:

—Ya os hemos importunado bastante. Lo único que me resta decir, y ello es lo que ha motivado mi visita, es ofrecerme a tu esposa, por si algo necesita. Daros la bienvenida y deseáros toda suerte de venturas. Y ahora, Ivone, regresemos a casa.

—Espero que vuelvan pronto. Discúlpenme que no me levante. Estoy algo fatigada. Ha sido un viaje muy largo.

—Lo comprendo.

Jacqueline ofreció la mano a Claude, que se la besó respetuosamente.

—Más adelante vendré a darle la lata —dijo Ivone—. Supongo que, durante los primeros días, usted y John estarán demasiado ocupados. Buenas noches. Ha sido un placer conocerla.

John acompañó a sus amigos hasta la puerta. Ivone se dirigió hacia el coche, murmurando:

—Que tengáis unos felices sueños.

Claude, al quedar a solas con John, murmuró—: ¿Cómo está?

Se refería a Jacqueline, y John repuso:

—Fatigada.

—¿Crees que vas a necesitarme?

—No. Por ahora, no. Gracias.

—Disculpa a mí hermana. Nunca sabe la medida exacta de las palabras que debe pronunciar, ni el tono adecuado.

—Conozco bien a Ivone.

—Adiós, amigo.

—Adiós, Claude. Gracias por tu visita.

—Hasta la vista, marido feliz —dijo Ivone, alzando la voz desde el coche.

John agitó la mano y cerró la puerta para reunirse con su mujer, que había borrado la sonrisa de sus labios, y volvía a mostrarse con su expresión fría, casi ausente.

John se quedó junto a ella. Su esposa volvió los ojos hacia él y murmuró:

—Está enamorada de ti. No lo puede ocultar. Me odia.

—¿Ivone? ¡Oh! No la conoces. Siempre ha sido así. Le gusta hacerse la interesante.

—Pero te quiere.

—No te concibo celosa, Jacqueline.

—Tampoco yo te concibo tonto. Al contrario. Eres inteligente y bastante listo.

—Gracias por tu observación —sonrió él.

—Precisamente porque no eres ningún tonto tienes que haberte dado cuenta de que Ivone está enamorada de ti.

—¡Oh! Dejemos esto.

—¿Por qué no te casaste con ella?

—¿Qué pregunta! Ivone y yo siempre hemos sido buenos amigos. Ella lo ha dicho. Venía muchas tarde aquí. Hablábamos, congeniábamos en algunas cosas pero nunca pasó de ahí.

—No porque ella no lo deseara, pero, si no quieres seguir hablando de esto, olvídale.

—Olvidado. No tiene importancia.

—Solo una pregunta, y no te molesto más.

—Hazla.

—Los Danjou, ¿tienen dinero?

—Pues creo que se defienden bien.

—Pero no son lo que se dice ricos.

—No, creo que no.

—Siéntate a mí lado, John. Antes de que vinieran tus amigos, dije que quería hablarte. Y era precisamente de ese tema. El dinero.

—No me interesa en absoluto, pero si tú quieres...

—¿No te interesa el dinero?

—No me interesa como meta absoluta, querida. Es algo vulgar.

—Pero necesario.

—Quizá ahí radica su vulgaridad.

—Entonces... ¿No te importaría en absoluto que yo fuese pobre para decirlo también de forma vulgar?

—No te entiendo —repuso John, sin inmutarse.

—Te estoy diciendo, John, que mi familia está arruinada desde hace años. La gran mansión de París se halla hipotecada hasta los cimientos. Yo, la última descendiente de los Marivaux de Lonsdale, carezco en absoluto de todo.

John miró largamente a su mujer.

—Es una pena. Aunque aquí no va a faltarte nada.

—¿No piensas pedir la anulación de nuestro matrimonio?

—¿Qué tonterías se te están ocurriendo?

—¿No te casaste pensando que tenía mucho dinero?

—¡Jacqueline! No puedes hablar en serio.

—Tu primera mujer era muy rica, ¿verdad?

—Sí.

—Y cuando murió, te legó toda su fortuna.

—Sí. Pero no comprendo...

—Antes te pregunté si había muerto envenenada.

—Supongo que leíste los periódicos. No lo sabía. Pero yo no te he ocultado nada, y mi primera esposa no murió envenenada, y, por favor, no hablemos más de esto.

CAPÍTULO IV

Jacqueline durmió sola.

Estaba fatigada, necesitaba descanso, y John quiso complacerla.

Él se metió en su despacho, descorchó una botella de *whisky* y tomó un par de copas.

El viento había aumentado su intensidad, y algunas ramas batían sobre los muros de la casa. Pequeñas ramitas repiqueteaban sobre los cristales de las ventanas.

La hojarasca revoloteaba, y en el jardín, unos pies cansinos crujían sobre la tierra.

La luna recortaba una silueta confusa, que avanzaba hacia un extremo del edificio hasta detenerse junto a una puerta casi oculta por las enredaderas.

La silueta entró en la casa, luego la puerta se cerró.

John terminó su tercer *whisky*, y se sentó detrás de la mesa. Fue a abrir el primer cajón, pero estaba cerrado con llave. Extrajo un manojo de su bolsillo, y buscó la correspondiente a la mesa. Abrió el cajón, y sobre unos papeles apareció un revólver de la marca «Colt», calibre treinta y dos.

Lo tomó un momento en sus manos, y quedó pensativo. Seguidamente, lo apartó y buscó algo entre los papeles. Encontró un frasquito del tamaño de una moneda de cinco francos. Estaba lleno hasta la mitad con un polvillo blanco. Delante, en la etiqueta, se veía una calavera representando el símbolo internacional del veneno, de la peligrosidad mortal de la sustancia que contenía.

Guardó el frasquito en el bolsillo, y salió del despacho.

La silueta que se había introducido dentro de la casa subía ahora por una escalera interior. Cuando estuvo en lo alto, empujó la única puerta que tenía delante y que le cerraba el paso.

La puerta comunicaba con el primer piso de la casa junto a la alcoba utilizada por John en su primer matrimonio.

Vista por el ángulo del corredor, esa puerta quedaba disimulada como si se tratase del mismo muro, y era necesario conocer su existencia para saber que allí había una entrada.

La silueta cerró de nuevo y avanzó por el corredor. Al pasar ante el rellano, la tenue luz que procedía de la planta baja iluminó el rostro de la persona.

Era Simons, el jardinero.

Apenas diez minutos más tarde, John subió la escalera. En el corredor

todo estaba en perfecto orden.

Se quedó un momento en el rellano, y optó por dirigirse a la alcoba de su primer matrimonio.

Abrió la puerta, con una llave que extrajo del bolsillo, entró y se volvió a encerrar.

Eran las ocho de la mañana, y el día había amanecido gris. La luz era escasa todavía y, desde el jardín de la casa, el mar se veía revuelto con grandes olas, chocaban contra los acantilados.

El jardinero estaba entregado a su tarea. Limpiaba el césped de la hojarasca que el viento había arrastrado.

Los alcorques, ahora, aparecían limpios, y la tierra que necesitaba riego estaba húmeda.

John apareció en el umbral de la puerta principal, y saludó, alzando la voz:

—Buenos días, Simons. Has madrugado mucho.

Se aproximó, encendiendo un pitillo y exhalando una bocanada de humo al húmedo aire de la mañana.

—¿Qué tal tu esposa? ¿La vio el médico?

—Han tenido que hospitalizarla, señor. Es más grave de lo que suponía. No me dejan que me quede allí.

—Lo siento. Si puedo ayudarte en algo...

—Es usted muy bondadoso, señor.

—Deja esto ahora. No debes tener mucho humor para trabajar.

—¿Qué voy a hacer, entonces?

* * *

—Ve a ver a tu esposa.

—Solo puedo ir a las horas de visita.

—Bueno, ya hablaré con el doctor Danjou para que puedas quedarte algún rato más. Él tiene buenos amigos.

—El doctor Danjou. Mire, creo que este es su coche —y el viejo señaló el «Peugeot» que ascendía hacia la casa.

Cinco minutos más tarde, Claude se disculpaba ante su amigo:

—Dirás que soy un latoso por venir a importunar a estas horas, pero anoche creo que se me olvidó el encendedor. Posiblemente, se me caería en la butaca. Pensarás que es una tontería, pero es de oro, obsequio de una dama, y lamentaría perderlo.

—Si está en casa, no ibas a perderlo.

—Bueno, en realidad, no era necesario hablar contigo. Pensaba decírselo a Simons para que te advirtiera de ello cuando tuviera oportunidad, por eso no he telefoneado, pensé que a estas horas todavía

estarías durmiendo.

—No. No he dormido demasiado. Jacqueline no se encontraba muy bien. Quiso estar sola. Es perfectamente comprensible.

—¿Quieres que le eche una mirada?

—Gracias. Prefiero que sea ella misma la que lo pida, Mientras no lo haga, que siga con sus tabletas.

—¿Sabe ella la enfermedad que tiene?

—Oficialmente no, pero yo diría que lo sospecha. Es una mujer muy inteligente.

—¿La conociste antes que a Laura, verdad?

—Sí. Tuvimos relaciones un año. Luego yo quise dedicarme de lleno a la pintura, y esta fue la causa de nuestra ruptura. Pasó el tiempo y supe que se había ido a los Estados Unidos. Luego, no sé a dónde más. Conocí a Laura y nos casamos. Después de la desgracia, casualmente volví a encontrarme con Jacqueline. Bien, entra, buscaremos tu mechero, ya que estás aquí.

—Sentiría molestarte.

—En absoluto. Tú nunca molestas.

Los dos hombres pasaron a la casa, y Claude comenzó a buscar por la butaca donde se había sentado.

—A veces, cae entre el asiento y el respaldo —hundió la mano y la volvió a sacar vacía.

—No. Aquí no está. Es raro.

—¿Estás seguro de haberlo perdido aquí?

—Pues sí. En el coche no está.

—Que yo sepa, no te moviste.

—Recuerdo haber encendido un pitillo. Luego, ya no volví a tomarlo. Es extraño.

—Bueno, no te preocupes; si aparece, te lo enviaré.

En aquel momento, sonó la campanilla, y John fue a abrir.

En el umbral apareció una muchacha joven, bien parecida. Llevaba un maletín.

—Soy Michele Mercier, y me manda la agencia.

—¡Oh, sí! Pedí una asistente para la casa. Pase, por favor. No esperaba que la mandasen tan pronto. Me dijeron que no tenían ninguna disponible.

—En realidad, tenía que ir a casa de otros señores, pero a última hora han tenido que emprender un viaje. ¿Son ustedes muchas personas?

—Mi esposa y yo. Ella está algo delicada.

John le mostró la cocina y el que sería su dormitorio, mientras Claude se quedaba en el salón.

Bien —terminó John, saliendo de la cocina—. Subiré para ver si mi esposa se ha despertado y desea desayunar. Le diré que está usted aquí.

La muchacha comenzó a deshacer su equipaje, y John subió la escalera, murmurando:

—Un segundo, enseguida vuelvo.

—No, John. Yo me iba ya.

Espera, hombre. Tomaremos el café juntos y, mientras, sigue buscando tu encendedor.

John terminó de subir la escalera, y se encaminó hacia el dormitorio de su esposa.

Claude echó una ojeada por los rincones.

En el jardín, el viejo Simons se aproximaba al coche del doctor para mirarlo con curiosidad.

John regresó de la habitación de su esposa, y bajó lentamente la escalera.

Cualquiera hubiera podido advertir una extraña palidez en su rostro.

—¿Cómo está? —empezó el doctor, pero enseguida al advertir el gesto de John, frunció el entrecejo.

Lacónicamente, el dueño de la casa murmuró:

—Te ruego que subas, Claude. Jacqueline está muerta.

* * *

Sobre la mesita de noche estaban desparramados algunos comprimidos. Había otros frascos, con los correspondientes medicamentos en su interior.

En la cama, Jacqueline aparecía como dormida, tranquila en su aspecto y con las manos cruzadas sobre el regazo.

El médico examinó el frasquito de los comprimidos desparramados.

—Es un somnífero corriente. ¿Solía tomarlo a menudo? —preguntó.

John se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Sabes si estaba lleno el frasco?

—No. Tampoco lo sé.

Claude se incorporó. Echó un ligero vistazo a la muerta y se dirigió hacia la ventana, desde la cual se dedicó durante unos segundos, a contemplar el batir de las olas sobre el acantilado.

Por fin, murmuró:

—Podría certificar muerte natural, a consecuencia de un ataque cardíaco. Dada la índole de su enfermedad, sería considerado como cosa normal. Pero estos somníferos desparramados... La verdad es que no me gustaría causarte problemas. Sin embargo, es posible que alguien no estuviese demasiado conforme con mi certificado. Ya sabes a quién me refiero.

—Al comisario Deval.

—Si fuese la primera vez... Pero concurren circunstancias especiales. Ya sabes lo que ocurrió entonces.

—No quiero comprometerte, Claude. Haz lo que consideres que debe hacerse.

—¡Oh, cielos! Encima de la desgracia, tendrás que soportar el interrogatorio. De veras quisiera...

—No, Claude. Yo no tengo nada que ocultar. Además... Aun siendo una desgracia no puedo sentir esa muerte. Ella... no era, no podía ser, lo mismo que Laura.

Y tras una pausa, concluyó:

—Jacqueline tenía que morir. ¿Comprendes? Yo sabía que tenía que morir.

CAPÍTULO V

El comisario Deval tenía aspecto de hombre de vuelta de casi todo.

Alto, con la cabeza completamente rapada, corpulento, hubiera podido pasar por un simple campesino.

De aspecto rojizo y saludable, miró de hito en hito a John, sentado delante suyo en su despacho de la comisaría, y murmuró:

—No tiene usted demasiada suerte en sus matrimonios, señor Ralston.

—Su observación, en las actuales circunstancias, me parece más bien una grosería —contestó, frío y tajante, John.

—¡Oh! Discúlpeme. No le he dado el pésame, pero la verdad, es que tampoco le veo a usted demasiado afligido.

—El doctor Danjou ya le ha contado a usted la enfermedad que padecía mi esposa. Leucemia, con una complicación cardíaca. Estaba sentenciada a muerte, desde hace algún tiempo. Poseo el historial clínico completo de mi difunta esposa, que confirmará cuanto le ha dicho mi amigo Claude Danjou, a quién, a su vez, y cuando decidí casarme con Jacqueline, le expliqué la dolencia que padecía.

—Sí. Ya sé que usted y el doctor son muy amigos. Por su parte, el doctor Danjou ha hecho muy bien de no certificar la muerte. Esto no está claro. A pesar de esa enfermedad, a pesar del final, según ustedes irremediable de la interfecta, no está clara su muerte, y por eso me he permitido dar instrucciones para que se le practique la autopsia.

—No voy a negarme a ello. Lo único que deseo es que termine pronto esta absurda investigación.

—Señor Ralston, yo no tengo nada contra usted ni contra ningún ciudadano. No tomo ojeriza a nadie, pero comprenderá que en dos años y en la misma casa han muerto dos mujeres, ambas esposas suyas, y las dos en circunstancias poco claras.

—Creo que la muerte de mi primera esposa quedó probado que fue producida por causas naturales. De lo contrario, yo ahora no estaría aquí hablando con usted, porque, de haberse probado lo que usted sospechaba, me habrían cortado la cabeza, con esa invención de ustedes, los franceses, tan refinada, llamada guillotina.

El comisario miró largamente a su interlocutor. Luego, comentó:

—Señor Ralston, usted está libre ahora, y oficialmente aquel asunto quedó cerrado, pero no para mí ¿Comprende? Un libro se puede cerrar y abrir las veces que se quiera. Para mí, un caso es igual que un libro.

Yo siempre termino los libros que empiezo, y ese no lo he terminado

todavía.

—Tengo un poco de prisa, comisario Deval. Si quiere algún dato más, sobre el caso que nos ocupa...

—¡Oh, sí! ¡Ejem! Ha confesado usted...

—No he confesado —rectificó John—. Simplemente, he hecho una declaración.

—Declarar, confesar. Bueno, ¿qué más da? Ha declarado usted que conocía la enfermedad de su esposa.

Aun así, se casó con ella. A sabiendas que, por la ciencia era una condenada.

—No me gusta dar explicaciones de mi vida privada, pero lo que le diga ahora aquí para satisfacer su curiosidad profesional, espero que no trascienda a la Prensa. La otra vez se les escapó la mano.

—Estamos solos, señor Ralston —y el comisario echó una ojeada al agente que tomaba notas sentado otra mesa, y tras una máquina de escribir.

Le hizo una seña para que les dejara solos.

—Esto, de momento, no tendrá carácter oficial. Ya ve que soy razonable, y le doy facilidades.

Cuando el gendarme hubo salido del despacho, John empezó:

—Jacqueline y yo nos conocíamos de antes de que yo me casara con mi primera esposa.

John hizo más o menos el mismo relato que había hecho anteriormente a su amigo, el doctor Danjou, y añadió:

—Cuando volví a ver a Jacqueline, ella ya estaba enferma. Yo todavía no me había repuesto de la pérdida de Laura. Hablamos. Ella parecía tener deseos de reanudar lo que había habido entre nosotros. La veía ilusionada y, sabiendo cómo estaba, no me atreví a quitarle las esperanzas.

—Tiene usted un gran corazón.

Pasando por alto la observación del policía, John prosiguió:

—Hablé con los médicos, y todos me dijeron lo mismo. La vida de Jacqueline iba a ser relativamente corta.

—Y usted se casó con ella.

—Digamos que procuré esperar.

—¿El desenlace?

—No sé. No estaba del todo convencido, pero la veía a ella tan feliz. No. No me atreví a desengañarla por segunda vez. Sabía perfectamente lo que hacía.

—¿Y ella?

—Al principio, creí que imaginaba lo nuestro como algo natural, normal. Últimamente, se mostraba un poco extraña, recelosa. Cuando llegamos aquí, me enteré de que había leído todas las noticias que se publicaron con respecto a la muerte de Laura. Y hasta me pareció un tanto

suspicaz. Me confesó que se había arruinado. Que no tenía ningún patrimonio que dejar, llegada su muerte.

—Interesante. ¿Se hubiese casado usted con ella, de haberlo sabido antes, señor Ralston?

—¡Ya está bien, comisario! Le he contado algo que ni, con mucho, podía ser de su incumbencia. Mi esposa ha muerto por causas naturales. Si ingirió más dosis de somníferos, estoy seguro de que no fue premeditadamente. En cualquier caso, yo estoy al margen de todo esto.

—No tengo nada más que preguntarle, señor Ralston —repuso el policía—. Supongo que se quedará una temporada en La Petite Ville.

—No he decidido todavía lo que voy a hacer, una vez haya enterrado a mí esposa.

—Bien. En el caso de que decidiera cambiar de aires, le ruego que se tome la molestia de advertírmelo. No quisiera tener que ir yo a buscarle.

La cosa había quedado bastante clara. El comisario Deval sospechaba que aquella muerte, al igual que la de la de su primera esposa, no había sido del todo natural.

* * *

—Cree que ha sido un asesinato —confesó John a Claude, reunidos ambos en un café de Brest.

Atardecía. La gente había dejado ya de transitar por las calles para encerrarse en sus casas, a cenar, a ver la televisión.

La calle no era un lugar agradable para estar en ella, debido a la baja temperatura.

El médico sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Todo se arreglará. Tú no tienes nada que ocultar.

—No. No lo tengo, Claude, pero empiezo a pensar igual que el comisario.

—¿Qué dices?

—Es demasiada casualidad.

—¡Oh, John! Jacqueline estaba condenada. Angina de pecho y leucemia. Ha estado viviendo de propina y perdona la frase.

—Pero alguien pudo haber precipitado su fin.

—¿Con qué objeto?

—No lo sé.

—Si Jacqueline hubiese sido rica, cabía la sospecha de un crimen por dinero, pero no lo era. Puedes estar tranquilo. Esta vez es distinto.

John permaneció en silencio para soltar, de pronto, como si expresara un pensamiento en voz alta:

—¿Y la otra, Claude?

—¿Eh?

—Laura.

—Laura murió por ingestión de alimentos en malas condiciones. Un envenenamiento alimenticio, intoxicación.

—El comisario no está convencido y, si he de serte sincero, yo tampoco lo estoy.

—¿Al cabo de dos años? —sonrió Claude, como queriendo quitarle importancia al hecho.

—Es que ya no lo estaba entonces, Claude. Todo sucedió de un modo extraño. ¿Recuerdas?

—Bueno, sí. Ella se sintió mal, después de haber ingerido unas setas que ella misma había recogido. Tú no probaste aquellas setas.

—He leído mucho sobre los envenenamientos producidos por hongos. Sus huellas son casi inconfundibles, y sus efectos, prácticamente fulminantes.

—No en todos los casos, depende de la especie que se ha ingerido. Hay setas cuyo veneno es prácticamente instantáneo, unas horas, veinticuatro a lo sumo, y no existe ni siquiera contraveneno.

Nombró algunas especies, y luego mencionó otras, de efectos menos fulminantes.

—Yo traté a tu mujer, desde los primeros síntomas —siguió el médico —, pero ignorando lo de las setas.

—Fueron cuatro días, Claude. Cuatro días. Y no se pudo hacer nada. Cuando mejor parecía estar, todo terminó. Y te juro que nunca me había sentido tan solo.

—Lo que te conviene a ti es descansar. Irte lejos.

—No. Voy a quedarme. Lo he decidido.

—Todo esto está lleno de recuerdos desagradables para ti. Tienes una casa en Londres. Si no quieres vivir allí, tampoco tienes necesidad. Si yo tuviera la mitad del dinero que tú posees, haría un crucero alrededor del mundo. Sudamérica, tal vez; ahora, allí es verano. Buen tiempo, el mar...

—Ese dinero al que aludes no es mío, Claude.

—¿No es tuyo?

—No. Pertenecía a Laura.

—Pero ella te lo legó.

—No tocaré ni un céntimo. No lo tocaré, por lo menos hasta que haya averiguado si mis dos esposas han muerto por causas naturales o han sido asesinadas.

—Pero, John. Esto es absurdo.

—Lo averiguaré. Si hay crimen, tiene que haber un motivo, pero te juro que no alcanzo a verlo.

Y John se despidió de su amigo para volver a La Petite Ville.

CAPÍTULO VI

Allí estaba la casa, con su silueta recortada contra el cielo gris.

El ruido del mar embravecido, debajo de la casa, y el viento sacudiendo las ramas que a su vez batían contra los muros del edificio.

Era una casa hermosa en verdad, pero tenía algo de lúgubre vista desde el exterior, algo de cuento de misterio, propio de narraciones de Edgar Allan Poe.

John dejó el coche en el garaje, volvió a salir al jardín y miró al cielo.

Sus ojos recorrieron los ventanales del primer piso, luego su mirada ascendió hacia el torreón.

Era el desván de la casa. Una gran habitación, donde estaban todos los chismes más o menos inservibles.

Creyó ver una sombra, y entornó los ojos.

Tal vez había sido el cristal, reflejando algo inconcreto, pero no estaba demasiado seguro, y optó por entrar en la casa.

Dio al conmutador de la luz, y enseguida escuchó un ruido característico, procedente de la cocina.

—¿Quién está ahí? —inquirió.

Apareció la muchacha, con aspecto asustado.

Era Michele Mercier, la joven y bonita sirvienta.

—Me ha asustado usted. Estaba en la cocina. No le oí llegar.

—Buenas noches, Michele. ¿Ha venido alguien?

—Ha llamado el comisario Deval dos veces.

—¿Ha dejado algún recado?

—Dijo que le llamara usted, en cuanto regresara.

—Bien, gracias. Puede acostarse, si quiere.

—Señor Ralston. Quería preguntarle si en adelante va a necesitar de mis servicios. Pensé que después de lo ocurrido...

—Sí, claro. Tal vez me arregle con una asistenta un par de veces por semana. Cuando estoy solo, suelo ir a comer al restaurante.

—Bueno. Usted tiene que abonarme el mes. Así que si no le importa, me quedaré. No es justo que me pague treinta días cuando apenas he empezado a trabajar. Es decir, si es que usted piensa quedarse.

—Sí. Me quedaré, y ya discutiremos esto más tarde.

—¿Le sirvo la cena?

—He tomado un bocadillo, gracias.

—Bien. Entonces, si no desea nada más... —hizo una pausa y añadió—: ¿Puedo ver la televisión? He comprobado que hay otra en su cuarto y la

que tiene usted aquí está en el rincón. No molestaré.

—Quédese, si quiere, Michele.

—Gracias, señor Ralston.

Sin saber por qué, John miró a la muchacha como si la viese por primera vez.

Se dijo que, en verdad, cuando llegó apenas si reparó en ella.

Ahora le pareció hermosa, dulce y muy servicial.

Dejó de mirarla para subir la escalera.

Pensó en la sombra que había creído ver en el torreón, y, en cuanto llegó al primer piso, se dirigió a la escalera del final del corredor para proseguir hacia la única habitación situada en lo alto.

Cuando llegó frente a la puerta, la empujó suavemente.

La puerta cedió, y los goznes chirriaron sonoramente.

Dentro, todo estaba oscuro, pero John tenía la vaga sensación de que allí había alguien.

Olía.

Olía a tabaco.

¿Quién podía haber estado fumando allí dentro?

Trató de aclimatar sus ojos a la oscuridad, a fin de poder moverse sin necesidad de encender la luz.

Reinaba el más absoluto silencio.

El suelo, con tablas de madera, crujió cuando John dio el primer paso hacia el centro de la estancia.

En los rincones habían varios muebles. Viejos sillones aún en buen estado, que se encontraban allí cubiertos con lienzos y mantas. Un par de mesas, una cama desmontada.

John tenía noción de que existían también algunos viejos colchones de lana, que habían sido reemplazados por otros de muelles.

Las ventanas, a cada lado de la estancia, con vistas a los cuatro puntos cardinales y desprovistas de cortinajes, dejaban filtrar la escasa luz nocturna del exterior.

Una luna medio oculta por las nubes iluminaba pobremente aquellos trastos, dándoles una apariencia fantasmal.

Algo se movió en un rincón.

John se volvió, rápido.

La luz se encendió, de pronto.

Frente a John apareció un hombre.

—¡Simons! —exclamó el dueño de la casa, al reconocer al jardinero—.

¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Lo siento, señor. Quería pedirle permiso, pero el caso es que no me atreví.

¡El extraño Simons! ¡Aquel hombre que parecía tan viejo como la casa!

¡Aquel hombre de palabra servicial, pero mirada esquiva!

—Pedirme permiso, ¿para qué? —quiso saber John, con gesto malhumorado.

—Mi esposa está en el hospital.

—Esto ya me lo dijiste. Lo siento, pero no has contestado a lo que te pregunté. ¿Qué haces aquí?

—No me acostumbro a dormir solo en casa, señor Ralston. Siempre he vivido con mi esposa. Ahora, aquellas paredes se me caen encima. Pensé que a usted no le importaría dejarme dormir en el desván.

John avanzó.

Observó el colchón arrinconado a la pared, con huellas de haber sido utilizado.

Vio también el cenicero donde yacía, aplastada, la colilla de un «toscano» y otras, de cigarrillos.

En el suelo, también, Simons tenía un vaso con residuos de agua.

—Pudiste habérmelo dicho.

—Ayer no quise importunarle. Pensé que estaría usted con su esposa. Y hoy... Bueno, usted no estaba, y...

—¡Un momento! —cortó John—. Dices que ayer estuviste aquí.

—Sí, sí, señor.

—Escucha. Puede que... puede que oyeras algo.

—¿A qué se refiere, señor Ralston?

—No lo sé. Algún ruido.

—¿Un ruido? —El jardinero parecía como idiotizado, igual que si no supiera de qué le estaban hablando.

—¿Dormiste toda la noche?

—No. No puedo. Pienso en mi mujer. En lo vacía que está ahora nuestra casa.

—Razón de más. Esta puerta no es muy gruesa. En la noche, es probable que se oigan los ruidos, por ejemplo, si alguien anda por el corredor.

—Sí. Creo que oí unos pasos... Pensé que era usted. No podía ser otra persona.

—¿Unos pasos? ¿Hacia dónde?

—Creo que se detuvieron en una puerta.

—¿La del dormitorio?

—No sabría decirle, señor Ralston. Yo no estoy aquí para interesarme por lo que haga usted... Perdóneme. Ya le dije... Es por no estar solo. Aquí no molesto a *nadie*.

—¿Recuerdas a qué hora sonaron esos pasos?

—No lo sé, señor Ralston. Era tarde. Yo no tengo reloj. Pero sé que ya había hecho un sueñecito. No mucho, porque me desperté pensando en mi

mujer...

—¿Por dónde entraste para subir aquí?

—Por la puerta del pabellón. La que sube hasta el corredor.

—¿Estaba abierta?

—Siempre está abierta.

—Bien, bien... Procura hacer memoria sobre lo que te pregunto... Esos pasos.

—¿Es que sospecha que haya podido entrar alguien más en la casa, señor? ¡Oh! He visto a la policía. A ese comisario calvo... ¿Acaso creen que la nueva señora haya podido morir asesinada?

—No hables con nadie de lo que acabas de contarme, Simons. Y puedes venir todas las noches. Deja la puerta abierta del pabellón, y no te preocupes. Anda, duerme.

John salió del desván, dejando a Simons un tanto confuso, pero agradecido en el fondo de que el patrón no le hubiese hecho abandonar su improvisada alcoba.

John, por el contrario, parecía bastante intrigado con las palabras del viejo.

«Unos pasos».

«Unos pasos que se habían detenido ante una puerta».

«¿Sería imaginación del viejo o acaso existieron realmente aquellas pisadas?»

John continuó bajando la escalera. Miró hacia arriba, con algún recelo.

¿Qué misterio encerraba aquella casa?

Volvió a subir arriba precipitadamente, y se encerró en la alcoba de su primer matrimonio.

Abrió un cajón del tocador, al que llegó sin necesidad de encender luz alguna porque conocía bien cada rincón de aquella estancia.

Sacó el frasquito que tenía impresa la calavera, y observó unos instantes aquel polvo blanquecino, tras encender la lamparilla de sobremesa.

Volvió a meter el frasquito dentro del cajón y cerró la luz.

En aquel momento, en la planta baja sonaron varios disparos.

Salió corriendo de la habitación, y bajó precipitadamente la escalera.

A medio bajar, sonaron nuevos disparos.

Se volvió instintivamente hacia el rincón, y vio a la muchacha sentada delante del televisor.

Los disparos procedían de la película del Oeste que estaban proyectando en aquel momento.

Michele parecía muy entusiasmada contemplando el filme, y desde luego, ni siquiera pareció advertir la presencia del dueño de la casa, que se dirigió hacia el teléfono para hablar con el comisario.

CAPÍTULO VII

No fue necesario que John acudiera a la comisaría de policía porque, apenas había pedido línea, llegó el comisario Deval.

Michele se apresuró a cerrar el televisor, y dejó a los dos hombres solos.

Deval había venido sin escolta e, invitado a pasar por el dueño de la casa, tomó asiento cerca del fuego.

—¿Le he dicho que tiene usted una bonita casa, señor Ralston? —murmuró, apenas sentado.

—¿Desean alguna cosa? —preguntó Michele, aproximándose.

—Pregunta al comisario —repuso John.

Y como Deval negó con un gesto de cabeza, la muchacha desapareció de la estancia.

—Creí que se había marchado usted —comentó el policía.

—Le hubiera advertido —repuso secamente John.

—Bien. Tenía que hacer una gestión cerca de aquí, y he querido ahorrarle molestias.

—Cuando usted llegó, estaba llamándole. Acababa de llegar de Brest.

—Comprendo. Bien, señor Ralston. Se ha efectuado la autopsia. Oficialmente, no se puede hablar de crimen. Parece un simple ataque cardíaco, dado el avanzado estado en que se hallaba la enfermedad de su esposa.

No lo dijo demasiado convencido.

John repuso:

—Entonces... ¿se ha convencido usted?

—Pues no. Y perdone mi testarudez.

—¿Piensa seguir investigando?

—Mire, señor Ralston... Cada día surgen nuevos venenos, que los gabinetes de toxicología de todo el mundo estudian constantemente para estar al día. Hay docenas de Sustancias que, mezcladas, no dejan huella alguna en las vísceras. Poco a poco, se van descubriendo claro. De cualquier modo, el informe del forense es bastante claro. Su esposa, en efecto, padecía dos enfermedades graves, de las que, en cualquier momento, podía fallecer. Voy a considerar el caso como resuelto, excepto que tenga usted algo que añadir.

—Todo lo que tenía que decirle ya lo hice esta mañana, comisario —repuso John.

—Bien. En ese caso, no tengo nada más que agregar, solo... solo una

cosa. Y no se lo tome a mal. Si piensa casarse de nuevo, busque a una esposa sana. Me ahorrará trabajo a mí.

John no le contestó ni fingió compartir el sentido del humor del comisario, que se había puesto en pie.

—Discúlpeme. Este trabajo es muy monótono.

—Ya veo que usted trata de animarlo.

—Señor Ralston, me olvidaba —cortó el policía—. Tiene que firmar unos papeles. Puro trámite. ¿Le importaría acompañarme? Si no quiere hacerlo en su coche, venga en el mío. Daré orden para que vuelvan a traerlo a casa.

—¿Es necesario todo esto?

—Para echarle un carpetazo al asunto... Le haremos entrega oficial del cuerpo... bueno, de su esposa. Puede usted disponer las cosas para su entierro. Naturalmente, quedará en el depósito hasta el sepelio.

—Voy por mí abrigo —repuso John.

Poco después, los dos hombres salían al jardín. John se dirigió al garaje para irse en su propio coche.

La casa quedó sola.

Sola, a excepción del jardinero que, desde una de las ventanas del torreón, observó la marcha de los dos coches.

La sirvienta Michele, desde su cuarto de la parte trasera, también pudo ver a los dos automóviles cuando doblaron por el sendero que conducía hacia la carretera.

Al quedarse sola, la muchacha hizo algo que, en parte, hubiese sorprendido a John Ralston.

Michele salió de nuevo de su cuarto para dirigirse al salón principal.

De allí pasó al despacho y, comenzó a observar las estanterías con libros. Luego, se dirigió hacia la mesa, y se enfundó unos guantes para no dejar impresas sus huellas en todo aquello que tocaba.

Trató de abrir los cajones, buscó, registró...

Aquello parecía tratarse de algo más que una simple y hasta disculpable curiosidad femenina.

John regresó cuarenta minutos más tarde.

La casa estaba en orden, y Michele se hallaba en su cuarto. Aquella vez, sin embargo, al entrar John al interior, ella apareció, enfundada en una bata que cubría sus ropas de cama.

—Buenas noches.

—¿Todavía anda despierta? —inquirió John.

—Ahora le oí llegar. ¿Quiere que le prepare un buen café? Fuera, debe hacer bastante frío.

—Sí, pero en el coche no se nota. Ande, acuéstese.

—Bueno... si no desea nada más...

Pero la muchacha no parecía muy deseosa de volverse a la cama, y remoloneó.

—¿Es usted la que desea algo, acaso? —inquirió John.

—Pues... solo preguntarle si todo se ha resuelto satisfactoriamente para usted.

—Sí, desde luego.

—¿Ya no sospechan? —inquirió ella, con marcada curiosidad, rayana en lo morboso.

—No, no sospechan... Pero... ¿le preocupa a usted esto?

—Bueno... Si tenía que quedarme a vivir aquí con un hombre que ha perdido dos esposas en circunstancias tan extrañas...

—¿Dos esposas...? Entonces, usted estaba enterada de...

—¡Oh, sí! Y le confieso que tenía muchos deseos de conocerle a usted.

—¡Vaya!

—En general, no soy miedosa, ¿sabe? Y pensé que, aunque usted fuera un asesino... ¡Oh, disculpe! No quise decir...

—Siga, siga...

—Bueno... La verdad es que soy un poco curiosa. Y pienso que todo esto que sucede es... es muy extraño.

—Continúe.

—Seguro que le estoy molestando. Hablo de esto casi con frivolidad. Después de todo, usted ha perdido a dos esposas y, si se casó con ellas, es porque las quería.

—¿Qué más cosas se le ocurren a usted?

—¿De veras no le molesto?

—Síntese. Tome algo.

—Oh, señor Ralston... tomar algo con usted...

—Déjese de etiquetas trasnochadas. Usted trabaja y yo le pago por unos servicios. No hay diferencia. Yo necesito de esos servicios, y usted, del dinero. Somos iguales. Síntese, y charlemos. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintitrés.

—¿Soltera?

—Y sin compromiso —repuso ella rápidamente.

—Y aficionada a las novelas detectivescas, ¿no?

—Bueno, un poco.

—Para usted, todo esto es como una novela. Y apuesto a que no cree en la casualidad... En el fondo, piensa y hasta desea que mis dos esposas hayan sido víctimas de una especie de complot... Incluso admite que haya podido matarlas yo.

—Bueno. No diría tanto. Usted... usted no tiene aspecto de criminal.

Él se levantó para ir en busca de la botella de *whisky*, de la que se sirvió un trago, y ofreció otro a la muchacha.

—La verdad es que no tengo costumbre, pero... deme un poquito.

Él le sirvió, y dejó la botella sobre la mesa.

—¿Siempre ha hecho de asistenta? —preguntó John.

—Pues no siempre. Pero esto está bastante bien pagado, y una puede hacer ahorros. Cuando tenga lo suficiente, viajaré. Conozco el inglés. ¿Quiere que hable en su lengua, señor Ralston?

Y sin esperar respuesta, reanudó la conversación en inglés.

—He visto algunos de sus cuadros. Una vez los *expuso* en París. Yo estaba allí, entonces. Me acordé siempre de su nombre. Me gustaron sus cuadros.

El inglés de Michele era casi perfecto, y apenas se notaba el acento.

John le replicó en el mismo idioma:

—Debe ser usted la única persona que aprecia mi arte... pero yo más bien supongo que está intentando darme coba para conseguir algo de mí. ¿Por qué no va directamente al asunto?

—¡Oh, no! —Y la muchacha volvió al idioma de Molière—. La verdad es que sus cuadros me gustaron. Quizá me hubiese olvidado, de no haber aparecido su nombre en los periódicos, cuando ocurrió aquello a su primera esposa.

Hizo una pausa, tomó un sorbo de *whisky* y acusó la fortaleza del alcohol, pero prosiguió:

—Leí con mucha atención todo lo que se publicó, incluso sus declaraciones. No olvido lo que usted dijo siempre.

—¿Qué dije?

—Que amaba mucho a Laura.

—Sí, Michele. Me casé, verdaderamente enamorado.

—Debió ser horrible que, además, le acusaran de su muerte.

—No tanto como el hecho de haberla perdido para siempre —repuso él, en tono grave.

Se hizo un silencio, y fue nuevamente la asistenta quien lo rompió:

—¿Sabe qué pienso?

—No.

—Que, en el fondo, no está usted convencido de que Laura muriese de muerte natural.

—Tiene usted mucha imaginación.

—¿No se ha dedicado a pensar en quién podía tener motivos para matarla, haciendo creer a todos que el culpable fuera usted?

John aguardó silencio.

—Sí. Lo ha pensado. Yo sé que lo ha pensado.

—Creo que es hora de descansar. Son casi las once.

—Señor Ralston —murmuró ella, sentada todavía, mientras el dueño de la casa se había incorporado ya—. Me gustaría poder ayudarle.

—Gracias, Michele, pero este no es asunto suyo.

—Escuche... Suponga que exista un complot.

—Pero, ¿qué complot? Aún suponiendo que a Laura la hubiesen asesinado... ¿qué ganaba el criminal?

—No lo sé... Su esposa era muy rica.

—Lo era, pero el dinero quedó para mí. Solo yo salía ganando materialmente, pero hubiera dado la mitad de mi vida para que Laura siguiese viviendo. ¡Oh, déjeme en paz! —John había perdido momentáneamente todo su aplomo.

Sacó un tubo del bolsillo, y extrajo unas tabletas.

Se metió dos de ellas en la boca, y fue hacia la cocina por un vaso de agua.

Tragó las tabletas y lanzó un suspiro. Parecía bastante más sereno.

Cuando se volvió, ya tenía tras él a Michele.

—¿Es que no piensa acostarse esta noche? —inquirió.

—Siento haberle trastornado, hablándole de esas cosas. ¿Se siente usted mal?

—Me siento perfectamente.

—Como he visto que se tomaba esas tabletas...

—Por favor, Michele... Déjeme en paz.

Ella lanzó una media sonrisa y musitó:

—Buenas noches... Pero si de veras quiere saber cómo atrapar al asesino... yo tengo el medio. Pero ya hablaremos.

Y sin esperar respuesta, desapareció hacia su dormitorio.

CAPÍTULO VIII

La Petite Ville, cuatro meses más tarde.

Con la llegada del verano, todo parecía haber cambiado. Era posible bañarse en las playas cercanas y dorarse al sol.

John prefería hacerlo en su propia casa.

Tenía piscina propia, situada a doscientos metros de la casa, por la que se llegaba descendiendo unos escalones, toda vez que el emplazamiento de la propiedad radicaba en terreno desigual.

La piscina se veía bastante concurrida porque Ivone, la hermana del doctor Claude Anjou, solía traer a sus amistades, con el permiso de John, claro.

John, por su parte, hacía una vida normal. Normal para un hombre como él, que podía permitirse el lujo de vivir sin trabajar a horas fijas.

Pintaba algunos cuadros de encargo, y ello le permitía desenvolverse con cierta holgura.

Cerca de la piscina tenía su enésimo paisaje de aquella parte de la costa. Le faltaban algunos retoques.

Ivone llegó, empapada de agua, después de haberse dado un remojón, y contempló el cuadro que John miraba a su vez.

—Un par de pinceladas, y estará listo —murmuró él.

De la piscina llegaban los comentarios de los amigos de Ivone. Dos parejas.

Ella murmuró:

—No sé de qué te quejas. Te basta hacer una cosa que podrías pintarla de memoria para que te llenen los bolsillos de dinero.

—Yo no buscaba el dinero, cuando empecé esto.

—¡Oh! La fama... —sonrió ella—. ¿Y de qué sirve, si no va a acompañada de lo «otro»?

—No sabía que fueses tan materialista.

—No soy materialista, pero me gustan las comodidades como a todo el mundo. Soy sincera. Lo digo. Otros lo piensan.

—Bueno. En cualquier caso, no me llenan los bolsillos. Me permiten vivir, simplemente.

—Sin embargo, tus cuadros son buenos. A mí me gustan. Desprecio esos que parecen pintados por un mono, Una serie de rayos, mucho color, pero que ni el artista sabe qué significa.

—Muchos los pintan también por dinero.

—Pero eso que haces tiene más mérito. Yo creo que es la clase de

pintura que nunca morirá. ¿No vienes a bañarte?

—Sí, me remojaré un poquito.

—¡Paso al patrón! —gritó ella a sus amigos—. Ya que nos presta su piscina, hagámosle los honores.

Las dos chicas y los dos muchachos se levantaron y, al borde de la piscina, formaron una doble hilera, como si pretendiesen darle escolta.

—Estáis de broma esta mañana —sonrió John.

Pasó entre los amigos y se echó al agua.

Ivone se tiró tras él, y luego se encontraron bajo la transparente agua, buceando los dos.

Aparecieron segundos después.

—¡Bien por la resistencia debajo del agua! —gritó uno de los chicos.

Aquello parecía una fiesta en alegre camaradería, con la nota de modernismo a ultranza a cargo de los amigos de Ivone.

Michele asomó por unos setos del jardín, observando la escena.

La cara que puso parecía indicar que todo aquello no le hacía ni pizca de gracia.

Luego, los amigos se despidieron.

—¿Me invitas a comer? —pidió Ivone—. Mi hermano estará todo el día en Brest, y odio quedarme sola.

—Quedas invitada.

Tampoco a Michele le hizo demasiada gracia servir la mesa, ni posteriormente, a la hora del café, ver la sonrisa espontánea de la invitada de John.

—¿Por qué no salimos esta tarde? He descubierto un lugar precioso en la costa. Solo es posible llegar con la marea baja. Si nos damos prisa, todavía llegaremos a tiempo.

—No sé... Quería terminar el cuadro.

Vamos... Solo una hora. ¿Qué decides? insistió ella.

—Ivone. Sé que durante este tiempo has intentado alegrar mi vida. Y en parte, lo has conseguido.

—¡Oh! Somos amigos, ¿no?

—Desde luego, Ivone. Somos amigos.

Salieron juntos.

La cala recoleta que le mostró la muchacha estaba entre las rocas, y solo era posible descender hasta allí en las horas de la marea baja. Era un lugar solitario y tranquilo. Ella quiso bañarse, y él la acompañó.

Cualquiera hubiera podido imaginar que se trataba de una pareja de novios, sobre todo por el modo de comportarse de Ivone parecía feliz, satisfecha.

—¡Oh, John, John...! No sabes cuánto echo de menos aquellas tardes que recuerdo como largas e interminables. Fueron veranos muy felices. Tú

ya empezabas a pintar. ¿Te acuerdas del cuadro que me regalaste?

Una hora más tarde, habían regresado. Estaban en la casa de Ivone, y ella le mostraba el cuadro que presidía su dormitorio entre otros recuerdos.

—Jamás pude suponer que conservarías esto... —murmuró, observando la pintura que, poco más o menos, representaba la panorámica que se veía desde la piscina de su casa.

Es maravilloso —murmuró ella.

El primero que hice. Hay bastante diferencia.

—Para mí, ese es el mejor.

Yo tenía dieciséis años... Tú eras una niña. Nueve.

—Cuando me lo regalaste, yo ya había cumplido los dieciséis. Tú tenías veintitrés... Creo que ni siquiera te acordabas de que tenías este cuadro. Estabas haciendo limpieza del desván, y yo te ayudaba. Lo encontraste, y yo me quedé mirándolo. «¿Te gusta?» dijiste. «Mucho», respondí yo, y me lo diste.

—Te acuerdas mucho.

—Solo hace siete años. Quizá para ti han sido muchos.

—Han pasado muchas cosas.

—No tienes por qué recordar las desagradables —murmuró ella, acercándose insinuante.

Él se quedó mirándola.

Se fijó en sus labios, sensuales, obsequiosos.

Durante un segundo, recordó las palabras de Jacqueline:

«Ella está enamorada de ti. Te quiere».

Sí. Posiblemente, Jacqueline tenía razón.

No obstante, John siempre había mirado a Ivone como a una amiga... Quizá todavía se le aparecía a los nueve años, con sus trenzas pelirrojas, con aquellas pecas que luego fueron desapareciendo.

Sí. Recordaba los ojos de la muchachita, devorándole con la mirada.

Y hasta creía escuchar su propia voz, diciéndole:

—«No te quedes con la boca abierta, te van a entrar mosquitos».

Hacía muchos años, muchos...

Luego, fue creciendo. Ella. Porque él ya era un hombre. Se llevaban siete años. Siete.

Sí... Era posible que nunca hubiese pensado seriamente en Ivone... La modernista Ivone... la guapa Ivone, porque era hermosa... de cuerpo, de rostro.

—Vámonos. Es tarde —exclamó John, rompiendo bruscamente con los recuerdos.

—Como quieras —repuso ella, sumisa. Quizá acababa de llevarse otro desengaño, quizá esperaba que él la besase.

John regresó a su casa solo, conduciendo en silencio.

—No... No volveré a casarme.

Cierto que lo había dicho cuando enviudó la primera vez. Pero si se casó con Jacqueline fue por causas distintas. Allí ya no había amor, solo compasión. Ahora, sería distinto.

Sin embargo...

Decidió no pensar más en ello, pero en su casa estaba Michele para recordárselo.

Fue cuando le sirvió la cena.

En realidad, un jugo de tomate porque John no tenía gana de nada más.

—¿Cómo van sus investigaciones? —soltó ella, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué dices?

Me doy cuenta de que últimamente no se toma mucho interés en tratar de averiguar lo que usted y yo sabemos.

—¿De qué diablos estás hablando?

La familiaridad de aquellos meses había simplificado el tratamiento de John hacia la criada, y ahora la tuteaba como cosa natural, a pesar de que ella mantenía el respeto, únicamente en el tratamiento, puesto que en lo demás solía inmiscuirse frecuentemente en las cosas privadas de su jefe.

—Usted aseguró que quería investigar... ¿No sabe de qué le hablo?

—¡Oh, sí...! Pero, déjame en paz ahora, ¿quieres?

—Quizá encuentre más interesante investigar en la anatomía de la señorita Ivone.

—Te estás pasando, Michele.

—Perdone —replicó ella secamente—. Pero me quedé, pensando en ayudarle.

—Está bien, está bien. No creas que no me preocupo, pero no puedo pasarme las veinticuatro horas del día pensando. Siempre me encuentro con una muralla infranqueable.

—¿Por qué no me pide ayuda?

—¿Qué puedes hacer tú?

—Intentar ayudarle.

—Mira, Michele. Ninguna de mis dos esposas tenían enemigos. Eran personas queridas y respetadas en sus respectivos ámbitos. No existía contra ellas el deliberado propósito de hacerles ningún daño. ¿Comprendes?

—Pero las envenenaron.

—¿Qué dices?

La muchacha sacó de su escote un frasquito, muy conocido de John. Se lo mostró.

Era la pequeña botella que contenía el polvo blanco tenía como etiqueta la calavera.

—¿De dónde has sacado esto?

—De la habitación que está a la izquierda, conforme se sube la escalera.

—Estaba en el cajón del tocador —repuso él.

—Sí, señor.

—¿Te dedicas a registrar la casa?

—Hago la limpieza. Abrí el cajón, sin ánimo de registrar nada, pero esto estaba a la vista.

—Podría denunciarte, por apropiarte de cosas que no te pertenecen —murmuró él, sin demasiado convencimiento.

—Usted sabe que no. El comisario Deval daría cualquier cosa por tener ese frasquito en sus manos. Y más todavía si le dijera de dónde lo he sacado. Vamos, vamos, señor Ralston.

—¿Qué diablos quieres?

—Podría preguntarle si sus dos esposas han muerto ingiriendo esa sustancia.

—Puede que sí —repuso él.

—Entonces...

—Escucha, Michele. Este franquito lo encontré en el jardín, una vez muerta Laura, mi primera esposa, No sé cómo fue a parar a la casa...

—¿Y no lo entregó a la policía?

—Fue un año después. Lo descubrí casualmente cuando vine a pasar un par de días a la casa.

—¿Sabe qué contiene ese frasco?

—Sí. Me lo llevé a Inglaterra y lo hice analizar. Parece que se compone de un derivado de la valeriana.

—Que mezclado con otra sustancia de las docenas de especies que existen, se convierte en un veneno muy eficaz. No es rápido, pero sí es seguro. No deja huellas. Los gabinetes de toxicología no llegarían a descubrirlo jamás.

Se interrumpió, ante la aguda mirada de John.

—Sabes muchas cosas de venenos.

—Escuche, señor Ralston. Yo no voy a decir al comisario que he encontrado esto en su casa, pero a cambio...

—Me estás haciendo un chantaje —cortó él.

—Déjeme terminar.

—Está bien, Michele, continúa.

—Usted sabe que Deval es un pesado. Le marearía bastante, si supiera que usted guardaba esto.

—De acuerdo. Debo darte las gracias.

—No. Simplemente, no tome ninguna determinación de casarse hasta que sepa algo más sobre esas muertes ocurridas en su casa.

—¿Qué dices? ¿Quién te ha dicho que yo vaya a casarme?

—Mire... Le he visto últimamente con la señorita Ivone. No tengo nada contra ella. Es más. Pienso que atraería a cualquier hombre, y que usted es muy afortunado. Pero no la ponga a ella en peligro, antes de haber descubierto el misterio.

—No tengo ninguna intención de casarme con Ivone, ni con nadie, y me fastidia esta conversación.

—Algunas mujeres tienen un especial poder de atracción. Un gancho, que actúa como un imán cuando se trata de conseguir lo que desean. Yo sé que Ivone desea casarse con usted, y usted acabará diciendo que sí.

John se puso en pie.

—Oiga... Yo le dije que tenía un medio para atraer al criminal. Una especie de cebo.

—¿Qué clase de cebo?

—Otra mujer.

—No comprendo.

—Otra esposa. Pero una esposa de mentirijillas. ¿Comprende?

—No.

—Supongamos... He dicho supongamos. No se confunda... que usted anuncia que nos hemos casado.

—¿Tú y yo?

—¡He dicho supongamos!

—De acuerdo.

—Bien. Esto tendría que ser lejos de aquí para que nadie supiese la verdad.

—Y así, actuaría de cebo.

—Veo que lo comprende.

—No, gracias.

—Existe un complot contra usted. De veras. Si vuelve a casarse, matarán otra vez a su nueva esposa. La que ocupe ese lugar debe tener los ojos muy abiertos. Yo sería la persona ideal para ello. Piénselo... Piénselo, señor Ralston.

Y John quedó mirando largamente a la muchacha hasta que esta, desapareció, camino de la cocina.

CAPÍTULO IX

John cenaba en casa de los hermanos Danjou.

Ivone se había esmerado en preparar la cena que ahora había tocado ya a su fin.

La propia Ivone sirvió el café y dejó el coñac sobre la mesita para sentarse con ellos.

—Bueno. Decid algo... —indicó después de haberles explicado lo que el día anterior le había propuesto Michele.

—Esta chica tiene mucha imaginación —sonrió Ivone—. ¿De dónde la has sacado?

—Suponiendo que existiera realmente un complot contra ti... cosa que me parece más que absurda —adujo Claude Danjou— para hacer una prueba de esta clase habría que avisar a la policía... No se puede jugar alegremente con estas cosas. Pero insisto en que todo esto es una fantasía. ¿Cómo puede existir un complot contra ti? Además... ¿Qué clase de complot sería? De existir un criminal, ¿por qué iba a dedicarse a matar a todas tus esposas? No, amigo. Lo que ha ocurrido ha sido fruto de la fatalidad. Coincidencia en ambas ocasiones.

No tanto en la segunda porque, desgraciadamente, sabíamos que tú esposa iba a morir.

—Tú crees que ambos casos se produjeron por causas naturales.

—¿Sigues pensando tú que no fue así?

—Esto lo encontré un año más tarde de que muriera Laura, tirado en el jardín. Hasta ahora, no he dicho nada a nadie —y estaba mostrando el frasquito que Michele le había devuelto.

—¿Qué es?

—Valeriana, o algo que se le parece. Es veneno, desde luego.

—Sobre todo, si se mezcla con algún otro producto que... —empezó el médico, pensativo.

John atajó:

—He leído el proceso. Sé que puede producir la muerte, y que es casi imposible averiguar, en una autopsia simple, si esa muerte ha sido a causa de la ingestión de esto.

—Pero para ingerir cualquier preparado, habría que mezclarlo con la comida, mejor con la bebida.

—O inyectarlo —repuso John.

—Por supuesto.

—A Laura solo la inyectaste tú, cuando estuvo enferma. Y la comida se

la preparaba Odette, la esposa de Simons. Una mujer que toda la vida ha estado con nosotros. En ambos tengo plena confianza. Por eso callé. Pero desde entonces, viene asaltándome la idea de... No sé... Pero parece como si realmente todo hubiese sido premeditado.

Se hizo un silencio.

Incluso Ivone, siempre con la sonrisa a flor de labios, parecía pensativa, y hasta preocupada por lo que había dicho John.

—A veces —murmuró —los misterios que parecen más impenetrables se resuelven con una pequeña explicación.

—¿Y quién puede darme esa explicación?

—Esa muchacha, Michele, te ha trastornado —repuso Ivone, y sonrió levemente—. Apuesto a que, con su afán detectivesco, lo que pretende es echarte el lazo.

—¡Oh, no! —exclamó él.

—¿Por qué no? Eres un hombre codiciable, y más para una asistenta. Soy mujer, y me sé los trucos, créeme. Esa, con su proposición de querer ayudarte, lo que pretende es que te fijas en ella.

John no contestó.

—¿Me dejas ese envase, John? —terció el médico.

—¿Para qué?

—Me gustaría examinarlo.

—Ya lo hice analizar en Londres. Pero si te interesa...

—Otro análisis no estará de más. Me gustaría hacer algunas pruebas en mi laboratorio.

John le entregó el frasco.

—Me pondré a trabajar enseguida —dijo Claude, apurando su copa de coñac.

—Yo también voy a irme.

—¿No te quedas un poco más? Hoy hace una noche espléndida —adujo Ivone.

Salió al pequeño jardín de la casa. John la siguió.

Cuando estuvieron a solas, la muchacha comentó:

—Creo que si te decidieras a hacer esa prueba que te ha propuesto Michele, deberías contar con una persona de mayor confianza. Alguien que quisiera ayudarte de veras.

Él la miró largamente, sin preguntarle a quién se refería.

Fue la propia Ivone la que dijo:

—Yo correría el riesgo con gusto.

—No. Tú no.

—¿Por qué? Te aseguro que no tengo miedo. En absoluto.

—Lo sé.

—Y es más. Yo lo haría desinteresadamente. ¿Comprendes? Esa chica

busca algo más. Bueno. Te estoy dando consejos, como si fuera una madre. Vas a creer que tengo algún interés. En realidad, lo único que deseo es que todo te vaya bien en la vida, que tengas suerte y que seas feliz.

Lo dijo con aquel tono susurrante, apasionado, mirándole a los ojos.

—No estoy decidido todavía —terció él.

Se separó, y quedó mirando el cielo, estrellado, límpido.

Ella se aproximó, cambiando el tono:

—¿De veras crees que Laura y Jacqueline fueron asesinadas?

—Podría ser.

—Eso es monstruoso. No tendría motivo ni razón de ser. ¿Por qué? No se cometen crímenes sin motivo.

—Ahí está —comentó él.

Y entretanto...

Claude se había excusado para irse directamente a su laboratorio, en Brest.

Cuando llegó allí, se puso a trabajar en el examen de aquel polvillo blanco del frasco que John había encontrado en el jardín.

En casa de John Ralston, Michele sostenía una conversación telefónica con alguien.

—Sí. Ha ido a cenar en casa de los Danjou —estaba diciendo.

La voz que llegaba hasta allí replicó desde el otro lado del hilo:

—¿Crees que sospecha algo?

—No. Imposible.

—Ten mucho cuidado.

—Claro que lo tengo.

—¿Estás sola ahora?

—Sí.

—Bueno. Cuelgo. Ve teniéndome al corriente. Esto se alarga demasiado ya.

—Estoy intentando llegar hasta el final, pero no es fácil.

Sin que la muchacha lo advirtiera, una sombra había aparecido en el rellano.

La sombra bajó un par de peldaños de la alfombrada escalera. Cuando la luz le dio en el rostro, apareció la imagen de Simons, el jardinero.

Ella continuaba hablando por teléfono, ajena a aquella aparición.

Simons, desde la escalera, pudo escuchar las últimas palabras de Michele.

—Está bien, cuelgo. Estaré en contacto contigo, pero no me llames aquí.

Colgó.

Rápidamente, Simons desapareció nuevamente hacia el rellano.

Michele sonrió de forma enigmática.

Poco después, regresaba el coche conducido por John Ralston.

CAPÍTULO X

Finalizó el verano, y con el otoño, John tuvo que partir hacia Londres para una exposición.

Uno de sus amigos había conseguido que sus cuadros fueran expuestos.

No era la primera vez que John Ralston tomaba parte en una exposición, pero en esa ocasión las cosas parecían distintas.

Algunas personas por las que él había pintado, demostraron un especial interés. Quizá descubrieron mejores cualidades de las que le habían sido atribuidas anteriormente. Puede que todo se tratara de la presunción de los propietarios de las telas por él realizadas de ver ensalzado el nombre del autor al que habían pagado espléndidamente por sus originales.

John dejó La Petite Ville.

Con su marcha, parecieron desaparecer sus tribulaciones, sus oscuros pensamientos, sus dudas, respecto a lo acaecido en su villa de la costa de Brest.

La que más pareció sentir su partida fue Michele.

También Ivone se mostró contrariada.

Puede que ambas mujeres pensarán atraparle en serio. Puede que cada una buscara algo más que la presencia física del hombre.

John estuvo en Londres durante todo el otoño y parte del invierno.

De Londres pasó a Nueva York, y de allí recorrió algunas de las más importantes ciudades americanas.

En pocos meses, su nombre empezó a sonar, y no como sospechoso de ningún asesinato.

No fue la suya la página de sucesos de los periódicos de todo el mundo, sino la de trabajar.

Por fin, se le reconocía su Arte.

No se le consideraba un genio, pero sí un pintor muy estimable.

De nuevo, la primavera le sorprendió en Londres, y allí, en otra de sus exposiciones, tuvo un encuentro.

—¡Ivone!

—¡John!

—¿Qué haces en Londres?

—He venido con mi hermano. Él ha asistido a un congreso. Hemos ido a tu casa, pero nos han dicho que ya no vivías allí.

—No. He comprado un estudio en Chelsea.

—¿Es que no piensas volver a Francia?

—No lo sé. Ahora tengo bastante trabajo.

—Por fin se han reconocido tus méritos. Yo siempre he tenido fe en ti.

—Gracias, Ivone. En eso, compartíamos la misma idea. Pero no quise luchar contra la negación. En el fondo, ya tenía suficiente con embadurnar unas cuantas telas para seguir viviendo. Pero eso lo llevaba muy dentro.

—Te sentías desgraciado por no haber triunfado —sonrió ella.

—Tal vez... —y cambiando de conversación, él preguntó—. ¿Te vas enseguida? Quiero decir... ¿Cuántos días pasarás en Londres?

—Todavía me queda una semana, claro que todo depende de mi hermano.

—Empezaba a aburrirme. Esto viene a ser todo lo mismo. Ahora me han pedido otra exposición para octubre. Les he dicho que no estaba seguro de poder tenerla a punto.

—¿Añoras tu casa de La Petite Ville?

—La verdad es que pienso poco en aquello.

—¡Oh! ¿Ni en tus amigos?

—Bueno... a veces. Anda, vamos a cenar. Aquí están a punto de cerrar ya, y estoy cansado de que me presenten gente a la que posiblemente ya no volveré a ver.

Salieron del local, y fueron a cenar juntos.

Ella dijo que su hermano solía ir siempre con los del congreso.

—La verdad es que me gusta ir sola, pero empezaba a cansarme. Encuentro Londres muy monótono.

—Esto es porque te falta un buen guía.

Verdaderamente, John parecía haber cambiado, en aquella larga temporada.

Ivone pensó que volvía a ser el hombre que, dentro de su natural introvertido, tenía momentos buenos, en los que parecía deseoso de expansionarse. Aquel era uno de sus momentos.

La llevó a cenar a Lord's y a bailar a una reputada sala de fiestas. Pasearon por el Támesis, y recorrieron las típicas tabernas de la ribera. Aquella noche, cuando concluía ya la jornada y bailaban en una *boîte*, él la besó. Fue algo espontáneo, nacido de la intimidad de la música, del efecto de aquellas horas alegres, de la insinuante luz del local londinense. Después del beso, se produjo un largo silencio, como si ambos comprendiesen, de pronto, que algo había cambiado.

Algo íntimo y profundo.

La boda se celebró a fines del siguiente verano. Se celebró en La Petite Ville y fueron muchos los curiosos que acudieron a la ceremonia.

En el lugar, todo el mundo conocía a John, y sabía lo ocurrido a las anteriores esposas del pintor.

También había una morbosa curiosidad para saber cómo terminaría el tercer casamiento del propietario de la casa de la colina.

Sí. No era extraño que la gente especulase con un tercer sepelio. El de la nueva señora Ralston.

Entre los curiosos, había una cara conocida de John, aunque, en aquellos momentos, el contrayente no advirtiera su presencia, era Michele.

Entre el público se encontraba la ex asistente de la casa de John.

Contemplaba aquella ceremonia con una sonrisa desdeñosa.

Luego, finalizó todo, y los novios salieron a la calle. Allí esperaba el automóvil del pintor. Un coche nuevo. Inglés, por supuesto.

Claude Danjou abrió la puerta para que entraran los recién casados.

—Os deseo toda suerte de felicidades —dijo el médico.

Ivone besó a su hermano. John pasó al volante del coche y accionó para ponerlo en marcha.

Claude sacó su pitillera y extrajo un cigarrillo emboquillado. Seguidamente, también del bolsillo tomó su encendedor.

Fugazmente, John, al poner en marcha el coche, observó aquel detalle intrascendente: el de un hombre tomando un cigarrillo, llevándolo a la boca y encendiéndolo.

Pero al instante lo asoció con lo ocurrido la mañana de la muerte de Jacqueline.

Recordó que Claude había ido a la casa, precisamente a buscar un encendedor.

Nunca más había vuelto a hablar de aquel detalle.

Y que John recordara, el encendedor tampoco había aparecido en la casa.

Frunció el entrecejo, mientras el coche seguía carretera adelante.

Detrás, por el retrovisor, seguía viendo la imagen de Claude, lanzando al aire bocanadas de humo.

Pensó también en el frasquito de veneno.

Claude tampoco se lo había devuelto, y nunca más había vuelto a hablarle de él.

CAPÍTULO XI

El viaje de luna de miel se limitó a la casa de la colina, de la que era propietario John.

Llegaron aquella noche, después de pasar el día en Brest.

—Estaremos aquí un par de semanas —dijo él—. Arreglaré todo para vender la casa, e iremos a vivir a Londres. Creo que ya hablamos de esto.

—Es una lástima —murmuró ella, soñadora.

—¿Te gusta la casa?

—Si supieras cuántas veces soñé con ser la dueña de esto... Tu esposa, claro. La señora Ralston.

—Tiene recuerdos demasiado tristes —repuso él, todavía conduciendo por el sendero ascendente que conducía hacia la cima donde estaba enclavado el edificio.

—Sí... Pero ahora, todos serán alegres. Será distinto.

—¿No tienes miedo?

—¿Miedo, estando a tu lado? —sonrió ella.

Tras un silencio, él replicó:

—Celebro que seas feliz.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Eres feliz?

—Sí...

—¿No recuerdas tus anteriores... experiencias?

—Quiero olvidarlo todo, por eso voy a vender.

—¿No has visto, en la iglesia, al comisario Deval? —preguntó ella, cambiando de tema, sin apenas transición.

—Sí, creo que sí.

—Seguro que sospecha que yo también acabaré como las otras —sonrió ella.

—No bromees, te lo suplico.

—Ahora, eres tú el que tienes miedo.

—No. No lo tengo.

—John. Algunas personas te miran con desconfianza todavía.

—Eso no puedo evitarlo. Lo que importa es que tú tengas confianza.

—Claro que la tengo, pero pienso que hay un detalle que es el que más daño te ha hecho.

Él había frenado el coche delante de la puerta. En derredor, todo estaba a oscuras.

—¿Cuál? —preguntó.

—El que tu primera esposa te hubiese dejado todo su dinero.

—Hicimos testamento mutuamente, dejándonos nuestras cosas.

—¿Tan aprisa?

—¿Por qué no? De la vida a la muerte es algo a lo que se puede llegar en un abrir y cerrar de ojos. Cuando uno menos lo espera. Más vale dejar las cosas arregladas con tiempo.

—¿Vas a hacer testamento de todo lo tuyo a mí favor?

—Claro. Precisamente, quería hablarte de esto. Claro que tú no tienes ninguna obligación de hacer lo mismo.

—Lo mío es bien poca cosa. Tú lo sabes. La propiedad que disfrutamos mi hermano y yo, es lo único. Vivimos bien, gracias al hospital, pero no somos ricos. Si me asesinaran, nadie podría pensar que lo has hecho tú para heredar.

—Vamos a casa —murmuró él, saliendo del coche y dando la vuelta para abrir la puerta del lado de la muchacha.

Apenas había bajado, y se encaminaban hacia la escalera, observaron sorprendidos, cómo se abría la puerta de la casa.

En el umbral, apareció Michele.

—Bienvenidos al hogar —sonrió ella.

—Pero... —empezó él.

Cambió una mirada con su esposa, que también demostró la natural extrañeza.

Michele sonrió.

—Tienen la cena preparada. Espero que les guste.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió John.

—Pidió usted una asistente y yo... me hallaba sin trabajo.

—Vamos, querida —murmuró John, resignado.

CAPÍTULO XII

Transcurrió la primera semana, sin novedad.

Aquella tarde, ella la pasó en su dormitorio, ligeramente indispuesta, y John se hallaba en el jardín.

Allí conversó con Simons, que le comunicó:

—Mi esposa está algo delicada. La operación fue bien como usted sabe, pero su salud sigue débil... Gracias por el dinero extra que usted me mandó, señor Ralston.

—No tiene ninguna importancia. Ya sabes que, cuando necesites algo, solo tienes que pedirlo.

—Es usted muy bondadoso, señor Ralston. Mi esposa vendrá a saludarle, uno de estos días. Le dije que se diera prisa. Comprendo que ahora está usted muy ocupado con... Bueno...

John sonrió.

—No te excuses, Simons. Y dile a tu mujer que procure reponerse. No importa que no venga. Estamos bien atendidos con Michele.

—Michele —repitió el jardinero, con cierto aire receloso.

—¿No te gusta nuestra asistenta?

—No es de mi incumbencia, señor Ralston.

—¿Por qué dices esto? ¿Qué pasa?

—Nada, nada, señor.

John le miró insistentemente, pero sabía que era muy difícil sacarle algo a aquel hombre cuando daba por terminada una conversación y parecía encerrarse consigo mismo.

—Bueno. Estoy esperando a Claude Danjou. Mi cuñado. Ya sabes... Si le ves, dile que entre enseguida. Precisamente, hoy Michele tiene el día libre.

El jardinero asintió.

Claude llegó una hora más tarde, cuando ya había oscurecido.

—Hola, familia —saludó el médico.

Ivone se hallaba sentada cerca del fuego.

—¡Claude! —exclamó sorprendida, su hermana.

—He sido yo el que le ha llamado.

—¡Oh! ¿No lo habrás hecho por una simple indisposición? —sonrió ella.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Claude.

—Perfectamente. La comida no me ha sentado bien.

Esto es todo —repuso la hermana.

—Bueno. Veamos ese pulso...

—John... Dile que me deje tranquila. Ya me encuentro perfectamente —sonrió la joven.

—Un vistazo, tan solo. Puesto que estoy aquí... Por tomar el pulso no se ha muerto nadie.

John clavó una mirada en su amigo.

La palabra muerte en aquella casa no sentaba bien y menos a él.

Claude soltó el pulso de su hermana, y exclamó:

—Un poco débil. ¿Habéis hecho mucho ejercicio últimamente?

—No nos hemos movido de aquí, querido hermanito —protestó ella—. Y déjanos tranquilos. Anda, John, dale algo de beber y, con buenas palabras, indícale que preferimos estar solos.

—¡Vaya una manera de tratar al hermano mayor! —protestó el médico, con una sonrisa.

Sacó el estetoscopio.

La joven protestó:

—¡Oh, no! ¡Esto sí que no!

—Querida —sonrió John—. No vas a sufrir el menor daño porque tu hermano te ausculte.

El médico aclaró:

—Ivone sufre un pequeño defecto respiratorio, que a veces le causa trastornos. No es nada grave, por supuesto, pero ella sabe que tiene que cuidarse.

Quieras que no, le introdujo el estetoscopio por el escote, y permaneció auscultando.

—Vamos, respira.

—Mira que eres pesado —protestó ella.

Durante un par de minutos, Claude repitió la operación.

Por fin, sacó el estetoscopio y lo guardó en el maletín.

—Bueno. Suelta tu diagnóstico. ¿Estoy grave?

Claude permaneció silencioso, y extrajo un frasco del interior del maletín.

—No. Pero debes tomarte esto. Últimamente, lo has venido dejando de lado.

—¿Qué es? —inquirió John, avanzando para tomar el frasco entre sus manos.

—Son unas tabletas reguladoras de la circulación sanguínea. Debe tomarlas con regularidad, y ella lo sabe, pero no te preocupes, muchacho. Tienes esposa para años.

Claude se despidió rápidamente, alegando que no quería estorbar.

Cuando el matrimonio quedó a solas, ella murmuró:

—No debías haberle llamado.

—Tú debiste tomar esa medicina.
—Si no me hace nada.
—Hoy no te encontrabas bien.
—¿No tienes tú, a veces, indisposiciones?
—Anda. Vete a la cama. Le diré a Michele, cuando regrese, que te prepare la cena. ¿Qué prefieres?
—Nada, si no estás tú conmigo.
—Cenaré en el cuarto. Los dos juntos.
—Sí. Y luego te irás, cuando esté dormida... como haces muchas veces.
¿Crees que no me doy cuenta?
—¿Es que me espías?
—Claro que no te espío, pero me despierto y me encuentro sola. No me gusta.

Él sonrió.

—¿Qué haces tanto tiempo fuera de la habitación?

—Trabajo.

—No me digas que estás pintando.

—No. No pinto. Escribo.

—¿Qué escribes?

—No seas tan preguntona. Anda. Vete a acostar. Y tómate las tabletas.

—Está bien, está bien —refunfuñó ella.

Cuando subían la escalera y estaban ya en lo alto, se abrió la puerta principal y apareció Michele.

Les observó desde el umbral hasta que desaparecieron por el corredor del piso de arriba.

Michele se dirigió, en silencio, a la cocina. Su aspecto no era alegre, ni mucho menos.

* * *

La casa estaba en silencio. Todos habían cenado y John, personalmente, suministró el medicamento recetado por Claude, a su esposa.

Le dio las buenas noches y le prometió:

—No tardaré.

Dormían en la alcoba de Jacqueline, en lo cual Ivone no mostró el menor reparo.

John, sin embargo, al dejar a su esposa, salió al corredor, que estaba débilmente iluminado con una lamparilla de pared, y se encaminó hacia la alcoba de su primer matrimonio.

Se encerró.

Abrió la luz.

Una luz que iluminaba de modo indirecto la estancia.

Ahora podía verse completa.

La cama, moderna, funcional, blanca.

La pared de la cabecera estaba tapizada en blanco acolchado.

—Las butacas eran igualmente modernas, cómodas. El tocador, todos los detalles, parecían nuevos, como si nadie los hubiera estrenado todavía.

John contempló la habitación unos segundos, y seguidamente se dirigió a la puerta del baño, que estaba entornada. La cerró, después de comprobar que no había nadie.

Al lado había otra puerta. Pertenecía al cuarto vestidor.

Entró y dio la luz.

Había un gran armario, también entornado.

John frunció el entrecejo, como si dudara de que aquello estuviera correcto.

Abrió la puerta, y observó la colección de trajes que colgaban de las perchas.

Eran vestidos femeninos. Los había de todos modelos y para todas las ocasiones.

Un abrigo de visón, otro de marta y uno de chinchilla.

Pieles, trajes de noche, vestidos sencillos, mañaneros, correspondientes a la época para la que fueron realizados.

Cerró el armario, después de ojear los pares de zapatos que descansaban en el estante bajo.

Se dirigió hacia una cortina, que parecía disimular algo. Tras ella había una puerta. La cruzó, después de abrirla, y volvió a cerrarla cuidadosamente.

John pasó a un cuarto perfectamente secreto. Diferente del resto de la remozada residencia.

Aquello estaba intacto, posiblemente desde que se compró el edificio. La única novedad, en todo caso, es que había luz.

Las paredes eran de piedra, sin recubrimiento alguno, y hasta se notaba una cierta sensación de humedad.

Lo mismo podía ser considerado un estudio que un despacho.

John guardaba innumerables telas, maletitas de madera con restos de pintura, lienzos sin utilizar.

Había adosado a la pared de forma destacada un cuadro sin terminar de una hermosa mujer de cabello rojizo y ojos grandes.

Solo él sabía que aquella dama era Laura, su primera esposa.

La miró unos instantes. Luego, volvió los ojos hacia la mesa de tosca madera.

Había una máquina de escribir y varias cuartillas desparramadas en blanco. Otras estaban escritas.

Había también, sobre la mesa, una libreta de cubiertas rojas.

Se sentó.

Ojeó la libreta.

Era una especie de diario.

Pasó las páginas, y se detuvo en una fecha concreta.

Leyó:

«Mi tercera boda»

Más abajo había el nombre de su última esposa:

«Ivone».

La cerró, como si acabara de tener una pesadilla, y volvió sus ojos hacia la cuartilla que estaba en la máquina de escribir.

Entretanto...

Unas pisadas disimuladas, subían la escalera desde la planta baja.

Los pies, en la oscuridad, era imposible precisar si pertenecían a hombre o mujer.

La tenue luz del corredor del piso primero de la casa no era suficiente para iluminar por completo la silueta.

Unas manos, enguantadas, sostenían un vaso con agua.

El vaso se agitaba al compás de los pasos de la persona que lo llevaba.

En la casa continuaba el silencio.

La silueta, al llegar al piso superior, apagó la luz y el corredor quedó completamente a oscuras.

La alfombra evitaba el ruido de cada una de aquellas sigilosas pisadas.

La silueta se detuvo frente al dormitorio de Ivone. Allí esperó unos momentos.

Luego entró.

La habitación estaba también a oscuras porque los cortinajes de la ventana se hallaban corridos, impidiendo que pasara la luz de la luna.

Las manos enguantadas, hábiles y rápidas, dejaron el vaso sobre la mesita de noche, y luego desaparecieron en la oscuridad.

* * *

Había amanecido ya.

John, con ojos somnolientos, contempló a su mujer, que empezaba a desperezarse con la luz que entraba a través de la ventana.

Ella abrió los ojos.

—Buenos días —saludó él, con una sonrisa.

Ella sonrió levemente, y enseguida su rostro se ¡contrajo con una mueca de dolor.

—¿No te encuentras bien?

—Tengo el estómago un poco pesado —murmuró ella, sin que la leve sonrisa desapareciera de su rostro.

—Anoche apenas comiste.

—Un par de emparedados y un vaso de leche... Lo que me sirvió la asistenta.

—¿Tomaste las tabletas?

—Sabes que sí —repuso ella.

—Bueno. Descansa.

John... protestó ella—. En toda la noche apenas has dormido.

—Sí que he dormido, querida. Por cierto, hoy tengo que ver al posible comprador de la casa.

No, John. No la vendas —protestó ella, suavemente.

Parecía cansada, agotada, igual que si acabara de realizar un largo viaje.

John la miró fijamente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así? —inquirió ella.

—No... no, por nada. Te miraba, simplemente —repuso él.

Ocultó, que en aquellos momentos, Ivone se le aparecía como Laura, su primera esposa. Dulce, sumisa, tranquila, pero enferma de muerte.

¿Enferma?

¡Muerte!

CAPÍTULO XIII

—¿A quién llamas, cariño? —Ivone se había levantado de la cama cuando John estaba intentando establecer comunicación a través del teléfono.

—No debías haberte levantado, Ivone —murmuró, volviéndose.

—Estás llamando a mí hermano, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí. Deseo que venga. No me gusta tu estado. Estaré más tranquilo, si te echa una ojeada.

—¡Oh, no, John! Si estoy bien.

John colgó.

Había intentado inútilmente establecer contacto con el médico, pero del otro lado del hilo nadie contestaba.

—Ivone... Llevas una semana así —murmuró él.

Sí. Era la segunda semana de su matrimonio. ¡De su tercer matrimonio! Y al término de la primera, Ivone había comenzado a sentirse indisputada.

Michele apareció por el umbral que comunicaba con la cocina. Llevaba una bandeja en las manos.

—¡Oh! —exclamó—. Iba a llevarle el desayuno.

—Déjelo aquí, junto al hogar. Tomaré un vaso de leche solamente —repuso Ivone.

—Como quiera —contestó la asistenta, dejando la bandeja sobre la mesa junto a la que Ivone acababa de llegar.

Apenas sentada, la esposa de John acusó algo parecido a un pinchazo.

—¡Uf! —exclamó.

—¡Oh, Ivone! Vamos. Te llevaré nuevamente al cuarto.

—No, déjame —pidió ella, sin demasiado calor.

—Yo le ayudaré, señor Ralston —adujo la asistenta.

Entre John y Michele la ayudaron a incorporarse.

La subieron a la habitación, y ella quedó postrada en la cama. Débil, sin apenas fuerzas.

John la observó largamente, mientras Michele permanecía algo más atrás.

—Descansando un poco, se me pasará. Es una tontería —murmuró Ivone.

John se retiró en silencio, y luego bajó la escalera hasta el salón, acompañado de Michele.

—Creo que no debe esperar usted a su hermano —advirtió Michele—. Vaya en busca de otro médico.

—¿Por qué?

—¿Todavía lo pregunta? La están envenenando como a las dos que la precedieron. ¿O es que no se ha dado cuenta todavía?

—¿Quién, Michele?

—¿Eh?

—¿Quién puede envenenar a Ivone? Solo estamos tú y yo... Estoy convencido de que no ha entrado nadie.

—Cada vez está más débil.

—Eso ya lo sé.

—Créame, señor Ralston. Avise al médico de la villa.

—Ella tiene más confianza en su hermano.

—No le haga caso —recalcó la muchacha.

—Está bien, Michele. Ve tú por él.

—Sí, señor. Con mucho gusto —sonrió Michele. Apenas John quedó solo, subió al torreón.

El viejo Simons seguía allí, a pesar de que normalmente en aquella hora solía estar en el jardín, aunque tuviera poco trabajo que hacer.

—Buenos días, señor Ralston —saludó el viejo.

—Simons. Mi mujer está peor.

—He hecho lo que usted me pidió, señor Ralston —repuso el viejo.

—¿Seguro?

—Seguro, señor.

—Entonces... ¿No ha subido ni bajado nadie de la escalera?

—No, señor —repitió el viejo—. Yo he estado observando, desde aquí. Cuando oía ruido, asomaba enseguida. Y me he pasado muchos, ratos en el corredor.

—Está bien, Simons. ¡Ah! ¿Qué tal sigue tu mujer? —Va tirando, señor Ralston.

—Puedes irte a tu casa, Simons. No vuelvas hasta la noche. No voy a necesitarte.

—Gracias, señor Ralston.

John bajó nuevamente la escalera, y se dirigió al cuarto de su esposa, que se hallaba en el mismo estado de postración.

Volvió la cabeza, al notar la presencia de alguien en la habitación.

—¿Eres tú, cariño?

—Sí, Ivone. Pronto estarás bien. Michele ha ido a buscar al médico del pueblo.

—¡Oh, no! No debiste decírselo. No quiero que me vea este curandero. No quiero, John. Es una tontería.

—Ivone. Estás mal, y tú lo sabes. Esto que te ocurre no es normal.

—¿Temes por mí vida, cariño?

—Claro que temo por tu vida.

—No voy a dejarte viudo —sonrió ella.

—No. No vas a dejarme viudo. Pero quiero saber qué te ocurre.

—No estés intranquilo por mí. Verás como todo se soluciona. Mi hermano prometió venir esta noche.

—¿Esta noche?

—¿No recuerdas? Dijo que hoy estaría todo el día en Brest.

—Es verdad. Se me había olvidado.

—Le esperaremos a él. Cuando venga ese doctor, dile tú mismo que estoy mejor y que no es necesario que me vea.

—Pero...

—Por favor, John. Estoy pensando en ti. Esto no te haría ningún bien.

—No pienses en mí, ahora. Eres tú. Tu salud.

—Mi salud está perfectamente. Es solo una indisposición.

—¿No quieres que te vea ese médico?

—No, por favor —susurró ella.

Conservaba aquella sonrisa adorable, insinuante, tranquila. No parecía que estuviese enferma. Acaso solo cansada.

John salió de la habitación, pensativo.

Algo estaba ocurriendo.

Delante de sus propias narices. Pero él no atinaba a verlo.

Michele tardó todavía unos veinte minutos en volver con el médico. Se había ido con el coche de John, y con él regresó.

—Mi esposa está mejor —le dijo—. Ha sido una falsa alarma.

—Bueno. La muchacha me ha dicho que era un asunto urgente.

—Michele ha exagerado un poco, doctor. Le pagaré por la molestia.

—No me debe nada, señor Ralston —repuso el viejo médico del lugar.

—Como quiera. Gracias, y perdone la molestia.

El hombre volvió la espalda, y regresó a su coche.

Poco después, Michele comentaba:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha dicho que ella estaba mejor?

—No se preocupe, Michele. Ivone quiere que le vea su hermano. No quiero contrariarla.

—¿Piensa dejarla morir?

—Ya está bien de insinuaciones, Michele. Estoy ya bastante preocupado.

Ella se apartó lentamente.

—No puedo pensar que sea usted, señor Ralston. No puedo pensar que ella... ¡Dios mío! ¿Qué se propone?

—Váyase y déjeme tranquilo —repuso él violentamente.

Michele se retiró.

Y llegó la noche, sin más novedades.

CAPÍTULO XIV

La carretera estaba algo húmeda, y las ruedas del auto patinaban ostensiblemente en las curvas.

Claude iba al volante del vehículo, de regreso de Brest, caminó a La Petite Ville.

Un rayo silueteó los contornos, y enseguida un trueno retumbó en todo el ámbito.

La tormenta, que había empezado con una lluvia pertinaz, se declaraba totalmente.

Otros rayos iluminaron, de forma fugaz pero continuada, la carretera, y nuevos truenos dejaron oír su voz.

En la villa, John colgó el teléfono y se volvió hacia Michele.

—Las líneas están cortadas. Debe ser por la tormenta. Váyase a la cama.

—¿Cómo está? —inquirió ella, refiriéndose a Ivone.

—Igual. Su hermano ya no puede tardar.

—Bien. Si me necesita...

—Gracias, Michele, y perdone si estoy un poco nervioso.

Ella no replicó y se dirigió a su dormitorio.

John fue junto a su mujer, que le preguntó:

—¿Todavía no ha llegado mi hermano?

—No, Ivone.

—Bueno, no te preocupes.

—Ivone. ¿Quieres que vaya a buscar al médico?

—No, no. Anda. Duerme en esa habitación donde sueles hacerlo.

—¿Eh?

—Sí, querido, lo sé. Vas a la alcoba de tu primera esposa.

—No voy allí a dormir, Ivone.

—Oh, me siento terriblemente cansada.

—Esperaré media hora más. Si tu hermano no viene, iré a buscar al doctor.

—Sí. Esto está bien, pero, por favor, déjame ahora.

—Sí, Ivone.

Salió de la estancia.

El corredor estaba a oscuras.

Miró hacia al final, hacia la escalera que conducía al desván. Pensó que allí estaba el viejo. Fue hacia la planta baja, y se sentó en el desván.

Permaneció despierto durante los treinta minutos que transcurrieron.

Los rayos continuaban iluminando fugazmente los contornos, y los truenos retumbaban, consiguiendo que los cristales de las ventanas tintinearan.

De pronto, la luz se apagó. La corriente eléctrica también había sido víctima de la aparatosa tormenta.

Y el hermano de Ivone seguía sin llegar.

John volvió a subir arriba y, a mitad de la escalera, creyó escuchar un lamento, procedente del cuarto de su esposa.

Apresuró el paso y, en breves instantes, estaba delante de ella.

—¿Qué ocurre?

—Por Dios, ve a buscar a ese médico. Date prisa —pidió ella.

—Debí haber ido antes. No sé por qué te he hecho caso —repuso John.

Salió de la estancia y bajó rápidamente la escalera. Poco después estaba ya en el garaje.

Y entretanto...

Apenas él había salido, alguien comenzó a subir la escalera desde la planta baja.

Quienquiera que fuese, caminaba con pasos torpes, inseguros.

Subía los peldaños, sin prisas.

Seis, siete, ocho.

Eran dieciocho, en total, los que separaban una planta de otra.

Ivone seguía en la cama, intentando incorporarse. Le costaba un vivo esfuerzo.

En las manecillas luminosas de su reloj podía verse la hora. Las once. Su hermano ya tenía que estar allí. ¿Por qué no venía?

Claro que Ivone no pensaba en aquello. En su mente había otra idea. Tenía que llegar a...

En el rellano había llegado ya la silueta, y continuaba ascendiendo.

Once escalones, doce...

Y así hasta los dieciocho.

Luego, el corredor. Avanzando lentamente.

Ivone se había incorporado de la cama, y avanzaba hacia la puerta.

La silueta también estaba próxima. Muy próxima.

Ivone abrió la puerta, en aquel instante.

—¡Ah! —gritó, al encontrarse ante la inesperada aparición.

La luz de la linterna que portaba alumbró un rostro desdentado, lleno de arrugas y ojos muertos, que la observaban estúpidamente.

—¡Señorita! —dijo una voz cascada.

—¡Odette! —exclamó, a su vez, el viejo Simons.

El viejo portaba una vela, y su aparición, al fondo del corredor, resultaba casi fantasmagórica.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclamó Ivone, aterrada.

Simons se aproximó.

—Es mi esposa, señora Ralston —murmuró el viejo.

La situación hubiera sido cómica, de no mediar el drama que se estaba fraguando.

La mujer, desdentada y de rostro arrugado, avanzó hacia su marido, el jardinero, murmurando:

—Sé que te dan mucho miedo las tormentas. Por eso he venido a hacerte compañía. Al señor Ralston no le importará que durmamos los dos aquí.

—Pero... ¿usted estaba aquí? —inquirió Ivone, desconcertada.

—Sí, señorita, vigilando. Vigilándola a usted, por encargo de su marido.

—¡Oh!

Ivone pareció tambalearse.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada, nada. Oí pasos, y por eso salí. Pueden ir donde quieran.

Cerró la puerta y escuchó las pisadas de los dos viejos ascendiendo hacia el torreón.

Aguardó a oír cómo la puerta se cerraba, y luego salió de nuevo de la estancia.

Con paso algo más ágil, consiguió llegar hasta la escalera.

Bajó lentamente.

Todo estaba oscuro, y únicamente la linterna le alumbraba el camino, pero el haz de luz no podía alcanzar aquel par de ojos que, taladrando la oscuridad, tenían puesta la mirada en ella.

Ivone continuó bajando hasta llegar al salón, y de allí se encaminó hacia el despacho de su esposo, siempre guiada por la luz de la linterna.

Lentamente detrás suyo seguía alguien.

Un rayo silueteó un momento la persona que la seguía.

Ivone se volvió, movida por un presentimiento. Había terror en su mirada. Un terror indescriptible como sí, por primera vez, sintiera el pánico de la muerte.

Jadeante, tropezó con una butaca antes de llegar a la puerta a la que se dirigía.

La sombra quedó oculta tras un recodo de la estancia.

Otro rayo lanzó su luz a través de los ventanales.

Los ojos de Ivone permanecían abiertos, desmesuradamente abiertos.

Penetró, por fin, en el despacho, y comenzó a buscar desesperadamente por un estante.

Seguía jadeando.

La sombra del salón se aproximaba al despacho.

Ivone alcanzó, por fin, un frasco. Lo halló disimulado detrás de uno

de los libros de las varias estanterías.

Abrió el primer cajón. Estaba cerrado con llave. Se sentó, y dejó la linterna sobre la mesa, cara a la puerta.

Buscó por encima, y halló un cortaplumas. Lo utilizó como palanca para forzar la cerradura del cajón principal del escritorio.

La silueta se recortó un instante a consecuencia de la luz de la linterna, pero enseguida traspuso el umbral de la puerta y se apartó de la trayectoria luminosa.

Ivone continuaba desesperadamente en su intento de abrir el cajón.

La sombra se movía más despacio, avanzando sin embargo hacia la mesa, donde se hallaba la esposa de John.

Por fin, el cortaplumas logró su objetivo, y el cajón quedó libre de la cerradura.

La silueta pareció dar un salto hacia adelante, como si estuviera provista de alas.

El cajón estaba abierto, y el revólver que en él guardaba John quedó a la vista.

Sin embargo, Ivone había escuchado un ruido, y tomó la linterna, enfocando hacia un lugar determinado.

Ahogó un grito, al ver a la mujer.

—¡Michele!

—¿Qué es lo que está intentando, señora Ralston? —inquirió la joven.

Ivone se precipitó hacia el arma, pero Michele saltó hacia ella con extraordinaria agilidad.

La linterna cayó al suelo, y las dos mujeres lucharon por la posesión del arma.

La lucha en la oscuridad era terrible, despiadada.

Solo los relámpagos que frecuentemente se recortaban en el espacio iluminaban fugazmente la escena.

De pronto, sonó un disparo.

La luz volvió en aquel instante.

Las dos mujeres se hallaban en pie, pero, lentamente, una de ellas comenzó a retorcerse.

Era Michele.

Cayó sobre la alfombra.

Durante unos instantes, Ivone quedó como hipnotizada, hasta que inesperadamente en el umbral de la puerta apareció John.

Ivone seguía con el revólver en las manos, y Michele, en el suelo.

—¿Ya... has vuelto? —inquirió su esposa.

—Ya ves que sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Intentó atacarme —murmuró Ivone.

—¿La has matado?

—No sé. ¿Y el médico?

—Dame el revólver —pidió él.

—¿No ha venido el médico?

—No. No ha venido.

—¿Es que no has ido a buscarle?

Tras un breve silencio, John negó con la cabeza.

—No. No me he movido de la casa.

—¡John!

—Vuelve a la cama, Ivone.

—John. Tú...

—Vuelve a la cama, he dicho —repuso él, impasible.

—No, John. Ha llegado el momento de la verdad —y su esposa le encañonó con el revólver.

—¿Qué pretendes, Ivone?

—No te muevas, John. No te muevas. Todavía me quedan fuerzas para apretar el gatillo.

John avanzó, despreciando el posible peligro y sin dejar de mirar atentamente a su mujer.

Sobre la mesa estaba el frasquito. Lo miró un instante, y sonrió ligeramente.

—Esta es tu salvación, ¿verdad?

—¿Eh? —inquirió ella, mirando hacia donde él lo hacía.

John se abstuvo de aprovechar aquella breve oportunidad para desarmar a su mujer.

—El frasquito. ¿Dónde lo tenías? ¿En mi despacho?

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba, pero me costó mucho trabajo llegar a convencerme.

—Puesto que lo sabes todo, me alegro de que no hayas venido con el médico. Ahora estamos solos. Y si ese par de viejos de arriba sospechaban algo, acabaré con ellos también. Diré que estabas loco. Y tengo una buena prueba de ello. Estoy intoxicada. Y en grave estado. Muy grave, John. Cualquier médico podría comprobarlo.

—Por eso quisiste que fuera a buscar al doctor de la villa. En el último momento, con tiempo suficiente para que te administraran el contraveneno. Algo como eso que llevas en la mano. ¿No es así?

Ivone estaba por completo descubierta, y ya no vaciló en soltar todo el odio que llevaba dentro. Era como si se quitara la máscara que había llevado puesta siempre que hablaba con John.

Ahora semejava una fiera acorralada, dispuesta a matar.

—Sí. Es el contraveneno. Tenía que esconderlo bien, porque tu doncella era demasiado curiosa. Una dosis de esto neutralizaba lo que yo misma mezclaba en el agua. Pequeñas cantidades producen ligeros

decaimientos y, día a día, se va empeorando.

—Así mataste a Laura.

—Sí.

—Y a Jacqueline.

—Jacqueline tuvo una reacción fulminante.

—Entrabas en la casa por la noche.

—La conozco bien. Muy bien, John. Pasé muchos ratos en ella.

—¿Por qué, Ivone? Si es a mí a quién odias, ¿por qué las mataste a ellas?

—Porque soy de las que saben esperar. Matarte a ti únicamente no me hubiera producido el menor provecho. ¿Para qué? Te odiaba, sí.

—Por no haberme casado contigo.

—Por haberme mirado siempre como a algo inferior. Tú eras un personaje de alcurnia, yo era algo venido a menos.

—Esas son figuraciones tuyas. Nunca te miré como a una inferior.

—No importa. No importa ya nada. Te casaste con una mujer rica, que te lo dejó todo para ti, y yo celebré que fueses rico porque pensé que algún día todo ese dinero sería para mí porque estaba segura de que acabarías casándote conmigo.

—Pero Jacqueline no tenía nada.

—Tenía que morir. Te necesitaba libre. ¿Comprendes?

—¡Más de dos años esperando... premeditando las muertes!

—Incluso la tuya, querido. Sé que el testamento está a mí favor. Podré probar que intentaste matarme, y que he tenido que defenderme. El comisario está deseando echarte la mano encima.

—¿Y de ella, qué dirás de Michele?

—Que era cómplice tuya. Es inútil, John. Todos me creerán a mí. Estoy envenenada. Muy mal. Y eso puede comprobarlo cualquier médico.

—Claro. Tu hermano está también en el juego.

—¡Oh, no! Él es demasiado idiota. Se da importancia porque tiene un hospital de mala muerte, pero nunca llegará a ser nadie. Yo voy por la vía rápida, ¿comprendes?

Hizo una pausa, sonriendo triunfalmente.

Luego, añadió:

—De los libros de mi hermano, aprendí todo lo referente a cierta clase de venenos y contravenenos.

Otra pausa para aclarar:

—Él no podía sospechar que Laura estaba envenenada por mí. Entonces tuve suerte. Ella había comido setas, y fue una excelente oportunidad. Lo demás resultó fácil. Yo venía a visitarla, le daba agua. No podía notar el gusto de esa sustancia porque es insípida, carece de sabor.

—Y echaste aquel frasco con la valeriana al jardín para que la policía lo

encontrara.

—Vuelves a equivocarte. El frasco lo perdí. Yo no tenía intención de que te acusaran. Ya te he dicho que te quería libre. Libre para mí.

—¿Y si no hubiese hecho testamento?

—Sé que lo has hecho. Lo he visto.

—¿Y si te dijera que descubrí antes ese frasquito, y cambié el contenido del mismo?

Instantáneamente, ella palideció.

—No podrás tomarte ese contraveneno, y no hay ningún médico cerca.

—Mi hermano... Ya no puede tardar. Dijo que estaría aquí a las once...

Se interrumpió, con una sensación de ahogo. Su mano derecha se aferró bien al revólver, y su dedo índice oprimió el gatillo.

—Tú vas a... morir, de todos modos —exclamó. John permanecía impasible.

—Escucha, Ivone...

—¡Basta! —exclamó ella.

Apretó el gatillo tres veces, a quemarropa.

CAPÍTULO XV

Ella había apretado el gatillo, pero, incomprensiblemente, John Ralston seguía en pie.

No. Ivone no comprendía nada. No podía comprender.

Y para colmo, lejos de ver caer al hombre contra el que acababa de disparar, con ojos vidriosos, vio cómo Michele se incorporaba.

—Llémosla al médico, antes de que sea demasiado tarde —murmuró ella—. Y no se preocupe por usted. Lo he oído todo. Además. Tengo un pequeño magnetófono, de larga duración, aquí...

Del escote sacó un artefacto. Era ciertamente un magnetófono de una pequeñez inverosímil.

John avanzó hacia su mujer.

—El revólver estaba cargado con balas de fogeo.

—Era... una trampa —murmuró ella, tambaleándose.

—Sí.

—¿Desde... cuándo...?

—Michele lo sospechaba desde hacía días. Te vio entrar un par de veces en mi despacho, y luego subir con un vaso de agua diferente... Costaba trabajo pensar que habías escondido el veneno que tú misma te suministrabas, en mi despacho. Luego, yo descubrí el otro frasco. Hoy, precisamente. Y lo hice analizar. Queríamos saber hasta dónde pensabas llegar.

Ella apenas podía hablar. Tenía los ojos muy abiertos. Asustados. Toda ella se convulsionaba.

—Vamos, Michele —pidió John.

Pero Ivone se desplomó.

Había llegado al límite de su resistencia.

John se inclinó para auscultarla.

—El corazón. No late.

Michele lo comprobó también, y murmuró:

—Creo que ha muerto. Avisaré al comisario.

La joven se incorporó y, mirando el teléfono, comentó:

—Ella misma se ha castigado. No supo calcular el tiempo.

—Es horrible —murmuró John, mirando el cuerpo de su esposa.

Michele comprobó que el teléfono seguía sin funcionar.

—Bueno. Iré yo misma. ¡Ah! Gracias por su colaboración.

—Debiste decirme antes que trabajabas para el comisario.

—No trabajo para él. Soy su sobrina, simplemente. Me apasionaba ese

caso y, como sabía que él tampoco lo veía muy claro, me ofrecí para ocupar este puesto. No podía decírselo, señor Ralston. Usted era el principal sospechoso.

—Pero esta mañana... sí me lo dijiste.

—Porque estaba convencida de que no era usted. Me alegro de que nuestra colaboración haya servido para esclarecer los hechos, aunque lo siento por usted. De veras. Imagino lo que debe sentir ahora. La tercera esposa...

—Quizá debería estar apenado, pero no sé. No lo estoy. Incluso diría que me siento liberado.

—Hasta la vista. Cogeré su coche.

—Sí, Michele —repuso él y, en cuanto la joven se hubo marchado, subió al desván.

Los esposos Simons dormían plácidamente. No habían oído absolutamente nada.

En la casa, además del comisario Deval, se encontraba también Claude Danjou.

—No puedo decir que esté sorprendido —confesó.

—¿Lo sospechaba usted? —inquirió Deval.

—Era como una obsesión, pero me resistía a creer que fuese mi propia hermana. Deseché la idea, cuando tú me entregaste aquel frasquito. Era como los que solemos utilizar en el laboratorio. Aquello acentuó mis sospechas, pero luego, cuando tú e Ivone anunciasteis vuestra boda, respiré tranquilo, porque no podía imaginar qué intenciones llevaba mi hermana. Me cuesta creerlo, pero quizá la única explicación razonable fuese el accidente.

—¿Qué accidente? —inquirió el comisario.

—Cuando era pequeña. Cayó, yendo en bicicleta. Sufrió una fuerte lesión. Creí que no sanaría. Al principio, quedó un poco trastornada. Luego, se fue recobrando. Quizá, si la hubiese examinado más a menudo, pero la mente es algo que incluso para la ciencia queda oculta. Las enfermedades que puede sufrir son demasiado profundas. Invisibles. Nunca se sabe cómo puede reaccionar un enfermo. Después de aquello, ella tenía ideas raras. A veces, robaba cosas, cosas de poco valor. Simple cleptomanía. Y cuando hablaba, mostraba una recóndita violencia, pero repito que le fue pasando. Solo algunas veces... algunas veces, parecía reproducírsele, pero era cosa pasajera.

—Has hablado de cleptomanía —repuso John—. ¿Acaso cuando viniste por el encendedor...?

—Sí —confirmó el médico—. No era la primera vez que se apoderaba de él y luego lo negaba. Aquella noche que estuve en tu casa, discutimos acerca de ello. Le pedí que me lo devolviera, y se puso hecha una fiera.

Aseguró que se me había caído en tu casa. Yo estaba seguro de que no, pero quise comprobarlo. No tuvimos nueva ocasión de hablar de ello. Pensé que lo habías olvidado, y tampoco lo comenté.

—¿Lo había cogido ella? —inquirió John.

—Sí. Pero comprenderás que no es cosa de ir pregonando esos detalles, tratándose de la propia hermana. En fin. Nunca hubiera podido imaginar que todo terminara así.

Claude estaba francamente apenado.

El policía se despidió de John, y pasó el brazo en torno a los hombros del médico.

—Vamos a tomar algo. Está casi amaneciendo, y el tiempo es frío. Ambos necesitamos una copa.

La ambulancia hacía tiempo se había llevado el cadáver de Ivone.

La gente del comisario habían tomado las notas y apuntes necesarios para redactar el informe, que ya podría ser definitivamente archivado.

En la casa, quedaba solo John... John y Michele.

—¿Te acompaño, sobrina? —añadió el comisario, desde el umbral de la puerta.

Michele miró a John un instante, y repuso:

—No, tío. Puedes irte. Yo tengo que recoger mis cosas todavía.

—Yo, también —contestó John—. Me iré de aquí.

El comisario se alejó.

—¿Venderá la casa, señor Ralston? —inquirió ella.

—No me llames señor Ralston. Ahora, me parece absurdo.

—¿Venderás la casa?

—No. Hay un par de viejos, arriba. Que la disfruten mientras vivan.

—¿Vuelves a Londres?

—Tal vez.

—Debe ser una ciudad muy interesante. Iré a visitarla. Si te falta alguna doncella...

Por toda respuesta, John contestó:

—Si quieres acompañarme, esta tarde tomaré el *ferry* desde Calais.

—Es una buena idea —repuso la joven.

* * *

Y aquella tarde, en el *ferry* que realizaba la travesía normal, John iba camino de empezar verdaderamente una nueva vida.

Tal vez parte de aquella vida iba ya a su lado. Era Michele, aquella muchacha inquieta, aventurera, pero deliciosamente femenina.

Mientras las costas de Dover se aproximaban, Michele murmuró:

—¿Te has llevado todas tus cosas del despacho secreto?

—No era ningún despacho secreto. Me gustaba trabajar allí. De pequeño, fue mi escondrijo predilecto. Luego, me sentí a gusto. Pero... ¿cómo diablos sabías tú...?

—¡Oh! Lo primero que hice fue recorrer la casa, y no precisamente las habitaciones que estaban a la vista tan solo —sonrió ella—. Ya imaginaba que en esos viejos caserones siempre hay algún escondrijo.

—Debí suponerlo —murmuró él.

—Por cierto. Vi que estabas escribiendo un libro.

—Eres muy curiosa.

—No lo leí —sonrió ella.

—Entonces, ¿cómo sabes que se trataba de un libro?

—repuso él.

Ya la conversación continuó. Y siguió por otros temas intrascendentales, siempre en franca camaradería.

Sí. Definitivamente, aquello parecía el comienzo de una nueva vida, tal vez para los dos.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España